

ARCHIVO THORNVEIL

La primera costura

LUCIAN THORNVEIL

Este documento no debería existir.

Según los registros oficiales, fue cerrado hace años. Archivado bajo llave. Y, en algún momento, alguien dio la orden de destruirlo. No lo hicieron. O no se atrevieron. O quizás, simplemente, olvidaron que algunas cosas no se borran, solo se esconden.

Alguien lo guardó.

No sé quién. No sé por qué. Solo sé que, cuando lo tuve entre las manos, entendí que no era un expediente como los demás. No era solo papel, tinta y palabras. Era una advertencia. Una confesión. Una puerta entreabierta a un lugar al que nadie debería acercarse sin saber muy bien qué está buscando... y qué está dispuesto a encontrar.

Durante semanas, no me atreví a abrirlo del todo. Lo dejaba sobre la mesa, cerrado, como si al mantenerlo así pudiera evitar que lo que había dentro se filtrara hacia fuera. Pero las noches son largas y el silencio, a veces, hace más ruido que cualquier verdad.

Cuando por fin lo abrí, entendí por qué alguien había querido que desapareciera.

Lo que vas a leer no es la versión oficial. No es la historia que apareció en los periódicos, ni la que se repitió en comisaría, ni la que se contó en voz baja entre vecinos que prefieren no mirar demasiado de cerca. Esto es lo que quedó cuando todo lo demás fue barrido. Lo que alguien escribió sabiendo que quizás nadie lo leería. Lo que yo he decidido confiar a muy pocas personas.

Antes de que esto llegara a ti, pasó por otras manos. Las de un periodista que se negó a aceptar la historia que le habían dado. Las de alguien que decidió que algunas desapariciones no pueden quedarse en titulares de tres días. Él reconstruyó lo que pudo. Yo guardé lo que nadie debía ver.

El caso tiene nombre y tiene pueblo. Un joven llamado David. Un lugar llamado Abarán. En el papel, un caso más. En la realidad, algo que no encaja en ninguna estadística.

Si tienes esto en tus manos, no es casualidad.

No lo puse en una librería. No lo subí a ninguna plataforma donde cualquiera pudiera tropezar con él. Lo dejé donde solo llegaría quien estuviera buscando algo más que una historia. Alguien que, como yo, no se conforma con la explicación fácil. Alguien que sabe que las verdades más incómodas suelen esconderse en los márgenes, en las notas al pie, en las líneas que alguien tachó, pero no llegó a borrar del todo.

Lo que sigue es un relato incompleto. Faltan páginas. Hay nombres tachados. Hay fechas que no coinciden. Hay testigos que nunca aparecieron y confesiones que nunca debieron escribirse. Pero incluso así, incluso a medias, esto es suficiente para entender que lo que ocurrió no fue un accidente, ni un error, ni un caso cerrado.

Fue algo más.

No te pediré que me creas. Te pediré, solo, que leas hasta el final. Que prestes atención a lo que se dice y, sobre todo, a lo que no se dice. Que te fijas en los detalles que parecen insignificantes: un hilo, una costura, una palabra repetida, un nombre que aparece donde no debería.

Porque cuando termines, cuando cierres estas páginas, entenderás que esto no termina aquí.

Entenderás que hay más expedientes. Más nombres. Más costuras.

Y entenderás, sobre todo, por qué he elegido a muy pocas personas para que lean esto.

Si has llegado hasta este prólogo, ya eres una de ellas.

Bienvenido al archivo.

Bienvenido al mundo Thornveil.

Documento promocional - Prohibida su venta o distribución

Capítulo 1

La caja

La primera vez que oí hablar de la desaparición, fue un titular de tres días.

«**Joven desaparece en Abarán**». Una foto borrosa. Una línea sobre la familia que pide información. Y luego, nada. Al día siguiente, otra noticia se comió esa. Y a la otra, otra. Así funciona mi oficio: hoy eres portada, mañana eres pie de página, al tercer día eres archivo.

Yo llevaba años cubriendo casos así. Desapariciones, crímenes sin resolver, historias que empiezan con un grito y acaban con un expediente polvoriento. Al principio crees que puedes cambiar algo. Que, si escribes lo suficientemente bien, si encuentras el ángulo correcto, alguien leerá y querrá saber más. Con el tiempo aprendes que la mayoría de la gente prefiere no saber. Que el misterio incomoda más que la ignorancia.

Pero hay casos que se te quedan clavados. No por lo que sabes, sino por lo que intuyes.

Este fue uno de ellos.

No debería haberme interesado más que cualquier otro. Una joven, David, 45, última vez vista saliendo de la panadería. Versión oficial: se fue por propia voluntad, o se perdió, o hubo un accidente. Familia destrozada. Vecinos murmurando. Policía cerrando el caso cuando dejó de haber pistas.

Lo que me enganchó no fue la desaparición en sí. Fue lo que vino después.

Un contacto en comisaría me dijo, en voz baja, que había algo raro en el expediente. Que faltaban páginas. Que algunas declaraciones no cuadraban. Que había un testigo que nunca apareció en ningún informe. Y que, cuando alguien preguntó demasiado, le recomendaron que dejara de preguntar.

En mi trabajo, cuando alguien te dice «déjalo estar», es cuando más quieres mirar.

Empecé a tirar del hilo sin hacer demasiado ruido. Hablé con compañeros que habían cubierto el caso al principio. Revisé hemeroteca. Busqué cualquier mención, cualquier foto, cualquier nombre que se repitiera. No encontré gran cosa. Lo habitual: entrevistas a la familia, ruedas de prensa, algún vecino que aseguraba haberlo visto caminando hacia su casa, y luego el silencio.

Hasta que un día recibí un mensaje.

No tenía remitente claro. Solo un texto: «**Si de verdad quieres saber qué pasó, busca esto**». Y una dirección. No era una comisaría, ni un juzgado, ni el archivo municipal. Era un lugar que no tenía nada de especial: un viejo almacén casi ruinoso.

Fui con la sensación de que estaba haciendo algo que no debía. No por miedo a que me pillaran, sino por esa intuición que te dice que hay puertas que, una vez abiertas, ya no se pueden cerrar.

El lugar estaba cerrado, pero la puerta no tenía demasiada seguridad. Alguien, claramente, no esperaba que nadie fuera hasta allí. Dentro no había gran cosa: muebles

viejos, cajas apiladas, polvo, olor a papel húmedo. Y en un rincón, una caja de cartón sin etiqueta.

Solo una caja.

La abrí con más cuidado del que suelo poner en las cosas. Dentro no había joyas, ni dinero, ni nada que pareciera valioso a primera vista. Solo carpetas, folios, algunas fotografías en blanco y negro, y un par de cuadernos con anotaciones a mano.

En la primera carpeta, escrito con rotulador, había unas iniciales: **D.C.M.**

No le di demasiada importancia al principio. Podía ser cualquier cosa. Un nombre, un lugar, una operación policial. Pero cuando empecé a pasar las páginas, entendí que aquello no era un expediente cualquiera.

Había declaraciones que no aparecían en la versión oficial. Nombres tachados. Fechas modificadas. Alguien había intentado ordenar el caos, pero se había rendido a medias. En los márgenes, alguien había escrito notas con una letra nerviosa: **«no coincide», «¿por qué aquí?», «llamar a “S”», «no volver a preguntar».**

Y había algo más.

Pequeños detalles que no encajaban. Una declaración que mencionaba un lugar que no estaba en ningún mapa. Otra que hablaba de una hora imposible. Una fotografía en la que alguien había dibujado un círculo alrededor de terreno, como si quisiera señalar algo que los demás no habíamos visto.

Sentí ese escalofrío que solo sientes cuando sabes que estás tocando algo que no deberías.

Cerré la caja y me quedé un rato quieto, escuchando el silencio del lugar. No había nadie más. No había cámaras. No había nadie que pudiera decirme que dejara eso donde estaba. Y, sin embargo, supe que, si me llevaba la caja, si sacaba aquello de allí, ya no habría vuelta atrás.

Podría haberla dejado cerrada. Podría haber salido de allí, olvidar la dirección, seguir con mi vida. Escribir otro artículo, cubrir otra historia, dejar que esta desapareciera como tantas otras.

Pero ya te he dicho que hay casos que se te quedan clavados.

Cogí la caja y salí de allí con la sensación de que alguien, en algún lugar, acababa de darme un aviso. No sabía si era una advertencia o una invitación. Solo sabía que, a partir de ese momento, ya no trabajaba para el periódico. Trabajaba para ese expediente.

Y para quien hubiera decidido que yo fuera quien lo encontrara.

Capítulo 2

La versión oficial

La primera versión de una desaparición siempre parece sencilla.

Un nombre. Una edad. Una fotografía reciente. La última hora conocida. Un teléfono al que nadie responde. Una familia que repite, delante de las cámaras, que David nunca se habría marchado por voluntad propia.

Después llegan los formularios, las llamadas, los carteles pegados en las farolas y las preguntas que todos hacen durante los primeros días.

¿Dónde se le vio por última vez?

¿Con quién estaba?

¿Había discutido con alguien?

¿Tenía problemas?

¿Había dejado alguna nota?

Las preguntas se repiten tanto que acaban pareciendo respuestas. Y cuando dejan de aparecer novedades, la historia pierde espacio en los periódicos. El nombre de la persona desaparecida se convierte en una noticia antigua. La familia continúa buscando, pero el resto aprende a vivir con el hueco.

En el caso de David, la versión oficial se construyó demasiado deprisa.

Eso fue lo primero que me inquietó.

La segunda cosa fue que nadie parecía recordar quién había pronunciado cada frase.

La noticia apareció en la edición digital del periódico a las ocho y diecisiete de la mañana. A las nueve ya había sido compartida varias veces en redes sociales. A mediodía, dos televisiones locales habían enviado cámaras a Abarán. Por la tarde, el pueblo entero sabía que David, de veintisiete años, había desaparecido la noche anterior.

El titular decía:

DESAPARECE UN JOVEN DE ABARÁN TRAS SALIR A DAR UN PASEO

Debajo aparecía una fotografía de David sentado en un banco. Sonreía hacia un lado, no hacia la cámara. Parecía una imagen tomada sin que él se diera cuenta.

La entrada era breve:

David, vecino de Abarán, permanece en paradero desconocido desde la noche del martes. La familia ha denunciado su desaparición después de que no regresara a su domicilio. Las fuerzas de seguridad mantienen abiertas todas las hipótesis.

Todas las hipótesis.

Una expresión cómoda. Lo bastante amplia para no comprometer a nadie y lo bastante grave para mantener la atención durante unas horas.

La noticia mencionaba que David había salido de casa alrededor de las diez de la noche. También decía que llevaba una mochila negra y que no había dejado ninguna nota. No explicaba quién había confirmado la hora de salida. Tampoco por qué la policía consideraba que se había marchado a pie.

Yo no escribí aquella información. La recibió la sección de sucesos a través de una agencia y se publicó casi sin cambios.

En aquel momento no le presté demasiada atención.

David era uno más entre los muchos nombres que pasaban por la redacción. Uno más entre las fotografías de familias desesperadas, los comunicados oficiales y las peticiones de colaboración ciudadana.

Todavía no sabía que acabaría aprendiendo de memoria la forma de su rostro.

La primera entrevista se la hice a Elena, su madre, tres días después de la desaparición.

Me recibió en el salón de la casa familiar. Había tres carteles de David sobre la mesa, todavía sin repartir. En uno aparecía su nombre completo, una fotografía y dos números de teléfono. En otro, la imagen era distinta: David parecía más joven, casi un adolescente. En el tercero, alguien había escrito con rotulador una frase que luego fue tachada.

No dejéis de buscarlo.

La casa olía a café recalentado y a ropa húmeda. En la pared del salón había un reloj detenido a las once y diecisiete. Le pregunté si funcionaba.

—Se paró esa noche —me dijo.

—¿Por falta de pila?

—No lo sé.

No insistí. A veces la gente necesita conservar detalles que no tienen una explicación lógica. No porque crea en ellos, sino porque son lo único que puede tocar cuando todo lo demás se ha ido.

Elena se sentó frente a mí con las manos enlazadas sobre las rodillas. Había dormido poco. Tenía el pelo recogido sin cuidado y una marca oscura debajo de cada ojo.

Le expliqué que quería reconstruir las últimas horas de David.

—Ya lo he contado muchas veces.

—Lo sé.

—A la policía, a los periodistas, a los voluntarios. Siempre lo mismo.

—A veces los detalles cambian.

Su expresión se endureció.

—Los detalles no cambian. Lo que cambia es la forma en que los demás los cuentan.

Tenía razón.

Encendí la grabadora y le pedí permiso para registrar la conversación. Elena miró el aparato durante unos segundos antes de asentir.

—David salió de casa a las diez —dijo.

—¿Exactamente a las diez?

—Poco después.

—En la noticia se habla de las diez y doce.

—Sería esa hora.

—¿Usted lo vio salir?

—Sí.

—¿A dónde dijo que iba?

Elena bajó los ojos.

—A dar una vuelta.

—¿Le pareció extraño?

—No. David salía a caminar.

—¿Llevaba la mochila?

—Sí.

—¿Qué llevaba dentro?

—No lo sé.

—¿No lo sabe?

—Era su mochila.

La respuesta no tenía nada de extraño, pero la forma en que la pronunció sí. Como si aquella pregunta le hubiera molestado más de lo necesario.

Le pregunté por su estado de ánimo.

Elena tardó en responder.

—Normal.

—¿Tranquilo?

—Sí.

—¿Nervioso?

—No.

—¿Había discutido con alguien?

—No.

—¿Había recibido alguna llamada?

—No lo sé.

—¿No estaba con él?

—Estaba en la cocina.

Durante la entrevista, Elena repitió tres veces que David estaba tranquilo. La primera lo dijo de forma natural. La segunda, con irritación. La tercera, como si necesitara convencerse a sí misma.

Antes de marcharme, le pregunté si David había mencionado algún nombre durante la cena.

Elena se quedó inmóvil.

Solo fueron un par de segundos, pero los vi.

—No.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Ni siquiera el de Sergio?

—Sergio es su amigo.

—¿Ni el de Laura?

—Laura ya no está con él.

—¿Y el de su padre?

La respiración de Elena cambió.

—No hable de Andrés.

—Solo le pregunto si David lo mencionó.

—No hable de él.

Aquello no era una respuesta.

Apagué la grabadora y guardé la libreta. Cuando estaba a punto de salir, observé una puerta cerrada al fondo del pasillo.

—¿Esa es su habitación?

—Sí.

—¿Puedo verla?

—La policía ya la registró.

—No quiero tocar nada.

—No.

La respuesta fue demasiado rápida.

No pude entrar aquella tarde.

La versión de Elena decía que David había salido tranquilo, sin problemas aparentes, después de una cena normal.

La versión de Sergio Molina era diferente.

Sergio aceptó verme en un bar próximo a la carretera. Llegó veinte minutos tarde y se disculpó diciendo que había tenido que cerrar el taller. Tenía las manos manchadas de grasa y una herida pequeña en el nudillo derecho.

Le pregunté por ella.

—Una herramienta.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

No parecía preocupado por la herida. Tampoco por la entrevista.

Sergio y David se conocían desde el instituto. Habían crecido juntos, habían compartido fiestas, trabajos temporales y varios proyectos que nunca terminaron. Según Sergio, David era “un tío raro, pero buen tío”.

—¿Qué quiere decir con raro?

—Que pensaba demasiado.

—¿En qué?

—En todo.

—¿También en la desaparición de la que estaba investigando?

Sergio dejó de mover la cucharilla dentro del café.

—David no investigaba ninguna desaparición.

—¿Está seguro?

—Era técnico de sonido.

—Eso no responde a mi pregunta.

—David grababa cosas. Le gustaba. Sonidos, entrevistas, historias de gente mayor. Pero eso no significa que investigara nada.

—¿Había mencionado el nombre de Thornveil?

El cambio fue casi imperceptible. Un movimiento de los ojos. Una pausa. La mano derecha cerrándose alrededor de la taza.

—No.

—¿Qué es Thornveil?

—No lo sé.

—Acabo de decirle una palabra y ya me está diciendo que no sabe qué es.

—Porque no lo sé.

—¿Le suena?

—No.

Es difícil describir cuándo alguien miente. La mayoría de las personas cree que los mentirosos evitan mirar a los ojos, pero no es así. Algunos miran demasiado. Otros hablan con más precisión de la necesaria. Hay quienes responden antes de haber entendido la pregunta.

Sergio no hizo ninguna de esas cosas.

Lo que hizo fue mirar hacia la ventana.

Desde el bar se veía una parte de la carretera y, más allá, la línea oscura de los árboles junto al río.

—¿Cuándo habló con David por última vez? —pregunté.

—El martes por la tarde.

—¿A qué hora?

—No lo recuerdo.

—¿Antes o después de las ocho?

—Antes.

—¿De qué hablaron?

—De nada importante.

—¿Por qué me ha dicho antes que David no investigaba nada?

—Porque no investigaba nada.

—Entonces, ¿por qué está a la defensiva?

Sergio soltó una risa seca.

—Porque llevo tres días respondiendo las mismas preguntas.

—David le llamó la noche que desapareció.

—No.

—Su teléfono registra una llamada a las diez y cuarenta y seis.

—No la contesté.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿No oyó el teléfono?

—Lo tendría en silencio.

—¿Y los mensajes?

—No recuerdo que me enviara ninguno.

Saqué una copia de una captura de pantalla. No se la enseñé. Solo la dejé sobre la mesa.

—Tres mensajes de voz.

Sergio miró el papel, pero no lo tocó.

—No los escuché.

—Fueron eliminados.

—Yo no los eliminé.

—¿Quién lo hizo?

—No lo sé.

—El teléfono estaba en su poder.

Sergio se reclinó en la silla.

Durante unos segundos pareció más cansado que molesto.

—David tenía problemas —dijo.

—¿Qué clase de problemas?

—No lo sé.

—Pero acaba de decir que era su mejor amigo.

—Eso no significa que me lo contara todo.

—¿Le tenía miedo a alguien?

Sergio miró otra vez hacia la ventana.

—David tenía miedo de sí mismo.

Aquella frase no apareció en la noticia que publicamos.

La anoté en mi libreta.

El tercer testimonio procedía de Laura Nieto.

Laura había sido pareja de David durante casi cuatro años. La ruptura se produjo seis meses antes de su desaparición, pero todavía conservaba fotografías de ambos en una carpeta del teléfono.

Nos reunimos en una cafetería de Murcia, lejos de Abarán. Ella había pedido que no la citara en el pueblo.

—No quiero que la gente piense que tengo algo que ver —me dijo.

—¿Por qué iba a pensarlo?

—Porque David y yo terminamos mal.

—¿Mal cómo?

—Discutíamos.

—¿Por qué?

Laura observó la calle a través del cristal.

—Por sus secretos.

—¿Qué secretos?

—No lo sé.

—Eso no parece una respuesta.

—Es la única que tengo.

Laura me contó que David comenzó a cambiar durante los últimos meses de la relación. Dormía poco, comprobaba varias veces que la puerta estuviera cerrada y revisaba el teléfono incluso cuando no había recibido mensajes.

También empezó a hacerle preguntas extrañas.

—Quería saber si había visto a alguien cerca de casa —dijo—. Si alguien me había preguntado por él. Si había recibido llamadas desde números desconocidos.

—¿Le estaban siguiendo?

—Eso decía.

—¿Quién?

—Nunca me lo dijo.

—¿Y usted le creyó?

—Al principio sí.

—¿Después?

Laura se quedó callada.

—Después pensé que estaba paranoico.

Le pregunté por la última vez que habló con él.

—El martes, a las diez y catorce.

—¿Por teléfono?

—Por mensaje.

—¿Qué decía?

Laura sacó el móvil y me enseñó la conversación.

El mensaje de David era breve:

Ya sé quién lo hizo.

—¿Le respondió?

—No.

—¿Por qué?

—Pensé que quería llamar mi atención.

—¿Eso era habitual?

—A veces decía cosas para que me preocupara.

—¿Y después?

—A las diez y veintisiete volvió a escribir.

Deslizó el dedo por la pantalla.

El segundo mensaje decía:

No vuelvas a confiar en Sergio.

Le pregunté por qué no había entregado ese mensaje a la policía.

Laura guardó el móvil.

—Porque no quería que me preguntaran por Sergio.

—¿Por qué?

—Porque no tengo nada contra él.

—Pero David sí.

—David estaba obsesionado.

—¿Con Sergio?

—Con todo el mundo.

No parecía estar protegiendo a Sergio. Parecía protegerse a sí misma.

Cuando terminamos la entrevista, Laura me pidió que no publicara el contenido de los mensajes.

Le pregunté si David había mencionado a su padre.

—Una vez.

—¿Qué dijo?

—Que Andrés sabía lo que había pasado aquella noche.

—¿Qué noche?

Laura negó con la cabeza.

—No lo sé.

—¿La noche del accidente?

Por primera vez desde que nos habíamos sentado, Laura me miró directamente.

—Usted ya sabe demasiado para llevar solo tres días investigando.

La policía cerró la primera fase de búsqueda al sexto día.

No lo llamaron cierre. Lo llamaron “reorganización de los recursos”. Había equipos que seguían trabajando, pero ya no había patrullas recorriendo cada camino ni voluntarios registrando los márgenes del río.

La prensa recibió un comunicado a las nueve y treinta y dos de la mañana.

“Las autoridades mantienen abiertas todas las líneas de investigación y no descartan ninguna hipótesis. No existen, hasta el momento, indicios concluyentes de criminalidad.”

Indicios concluyentes.

Otra expresión cómoda.

No había cuerpo. No había testigo fiable. No había una confesión. No había sangre ni vehículo abandonado ni una llamada de auxilio.

Pero sí había algo.

David había dejado su teléfono en el coche.

Quien decide marcharse por voluntad propia suele llevarse su teléfono. No siempre, pero casi siempre. Un móvil contiene contactos, dinero, mapas, fotografías, acceso a cuentas y una manera de pedir ayuda.

David no se lo llevó.

Tampoco cogió ropa. Ni dinero en efectivo. Ni su documentación.

Solo faltaba la mochila negra.

La policía consideró que aquello podía indicar que David había preparado una huida breve. La familia opinaba que significaba lo contrario: alguien podía haberle obligado a subir a un vehículo.

Yo todavía no tenía una opinión.

Entonces encontré el informe de la cámara.

El documento estaba dentro de la caja, mezclado con fotocopias y hojas sin ordenar. No tenía sello visible. La primera página mostraba una hora, una matrícula parcialmente cubierta y una observación escrita a bolígrafo.

Vehículo de David C, detectado en dirección norte.

La hora era las 23:02.

Según el informe oficial, David había salido de casa caminando a las 22:10. La zona del río estaba a menos de veinte minutos a pie, pero el coche había sido localizado alejándose de allí casi una hora después.

Podía haber vuelto al vehículo.

Podía haber cambiado de idea.

Podía haber llevado a alguien.

Podía no haber estado dentro.

En la segunda página había una ampliación de la imagen. La calidad era mala. El parabrisas reflejaba una luz blanca. El conductor apenas podía distinguirse.

Pero en el asiento del copiloto se veía una forma oscura.

Una persona.

No se apreciaba el rostro. Solo el hombro, parte del cuello y una mano apoyada sobre el salpicadero.

En la muñeca llevaba algo claro.

Una pulsera.

O un hilo.

Debajo de la fotografía, alguien había escrito:

No es David.

No reconocí la letra.

Volví a Abarán al día siguiente.

No se lo dije a mi redactor jefe. Le envié un mensaje asegurando que iba a ampliar la información sobre la búsqueda. Era verdad, aunque no exactamente de la manera que él esperaba.

Bajé hacia el río al final de la tarde. El aire olía a tierra caliente y a vegetación húmeda. Las huertas se extendían a ambos lados de los caminos, y las norias permanecían quietas, recortadas contra la luz amarillenta.

Abarán parecía tranquilo.

Demasiado tranquilo.

Un hombre mayor estaba sentado junto a una barandilla, observando el agua.

—¿Conocía a David? —le pregunté.

—Todo el mundo conocía a David.

—¿Lo vio la noche que desapareció?

—No.

—¿Vio algo extraño?

—En Abarán siempre hay algo extraño. Lo que pasa es que nadie pregunta.

Le enseñé una copia de la fotografía del coche.

El hombre no la tocó. La miró desde lejos.

—Esa no es la carretera que cogió.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque si hubiera ido por ahí, habría pasado junto a mi casa.

—¿Y por dónde salió?

—Por el camino viejo.

—¿El que pasa junto a la huerta?

—El que pasa junto a la huerta, el canal y la noria pequeña.

—¿Había alguien allí?

El hombre apretó los labios.

—Había alguien siempre.

—¿Quién?

—Eso es lo que debería preguntarle a David.

—David está desaparecido.

—Por eso.

Pensé que no había oído bien.

—¿Qué quiere decir?

El hombre se levantó despacio.

—Que algunas personas desaparecen porque alguien se las lleva. Y otras porque descubren que quedarse es más peligroso.

Antes de marcharse, señaló la cámara de mi grabadora.

—No grabe el agua.

—¿Por qué?

—Porque luego empieza a devolver cosas.

No volví a verlo.

Aquella noche revisé todo el material en la habitación del hotel.

Las declaraciones de Elena, Sergio y Laura parecían formar un triángulo imperfecto. Cada uno conocía una parte de la historia, pero ninguno estaba dispuesto a unirla con los demás.

Elena sabía algo sobre el accidente.

Sergio sabía algo sobre la caja.

Laura sabía que David sospechaba de alguien.

Y los tres tenían una versión distinta del estado de ánimo de David.

Para su madre, estaba tranquilo.

Para Sergio, tenía miedo.

Para Laura, estaba obsesionado.

No podían estar hablando del mismo hombre.

O quizá sí.

Abrí de nuevo el archivo de la cámara. Aumenté el contraste. Revisé la imagen varias veces. La forma del copiloto seguía allí.

Una mano.

Un hombro.

Un hilo claro alrededor de la muñeca.

Después abrí la fotografía del expediente que mostraba la zona del río. El círculo marcado a lápiz rodeaba una figura situada junto a la noria.

La amplié.

La figura llevaba algo claro en la muñeca.

No era una pulsera.

Era un hilo.

Rojos.

Debajo de la imagen había otra anotación:

David no desapareció en Abarán. David desapareció antes.

No entendí la frase hasta que encontré la última página del informe.

Era una hoja en blanco, salvo por una fecha escrita en el centro:

17 de octubre de 2009.

La fecha del accidente.

Y, debajo, una segunda frase:

Preguntad quién estaba con él antes de que todos empezaran a mentir.

Capítulo 3 La Fecha

La fecha estaba escrita en el centro de la página, separada de todo lo demás.

17 de octubre de 2009.

No había explicación. No había nombre. No había una referencia al accidente. Solo aquella fecha, escrita con tinta negra, y una frase debajo:

Preguntad quién estaba con él antes de que todos empezaran a mentir.

La leí tantas veces que las palabras terminaron perdiendo su sentido.

Después busqué el nombre de David en la documentación relacionada con aquel día.

No apareció.

Eso fue lo primero que me hizo pensar que la frase no hablaba de él.

O, al menos, no del David que yo estaba buscando.

El 17 de octubre de 2009 cayó en sábado.

Lo comprobé en la hemeroteca digital y, después, en los periódicos impresos que conservaba el archivo municipal. Aquel día no ocurrió nada especialmente llamativo en Abarán. Había una nota breve sobre una avería en una conducción de agua, un accidente de tráfico sin heridos graves y una reseña sobre las fiestas de una pedanía cercana.

La información sobre el accidente apareció dos días después. No estaba en portada. Ni siquiera ocupaba una página completa.

JOVEN HERIDO TRAS CAER A UNA ZONA DE DIFÍCIL ACCESO JUNTO AL RÍO

El texto hablaba de un menor de diecisiete años que había sufrido una caída en un camino próximo a la huerta. Según la noticia, el joven había sido trasladado al hospital con lesiones leves y permaneció varias horas en observación.

No aparecía su nombre, tampoco se explicaba por qué había estado solo en aquella zona al anochecer.

Leí la noticia tres veces.

Luego busqué en otros periódicos.

La versión era casi idéntica en todos. Demasiado idéntica.

Un joven. Una caída. Lesiones leves. Ninguna intervención policial relevante.

Pero había una diferencia. En un diario local, alguien había añadido una última línea:

“Fuentes vecinales apuntan a la presencia de otros adolescentes en las inmediaciones.”

La frase no aparecía en las demás publicaciones, ni en la versión digital del mismo periódico. La habían borrado.

Pedí acceso al archivo municipal alegando que estaba preparando un reportaje sobre accidentes antiguos en la zona del río. La funcionaria que me atendió revisó mi solicitud sin demasiado interés. Era una mujer menuda, de pelo blanco y gafas sujetas con una cadena.

—¿Tiene una fecha concreta? —preguntó.

—El 17 de octubre de 2009.

—¿Qué busca exactamente?

—Un accidente junto al río.

—Aquí hay muchos accidentes.

—Este implicó a un menor. La mujer levantó la mirada. —¿Nombre?

—No lo sé.

—Entonces será difícil.

—¿Podría revisar los partes de emergencias o las actas de incidencias?

—Eso tendría que solicitarlo por escrito.

—Ya lo he hecho. Mentí.

La mujer volvió a mirar la pantalla.

—¿Tiene relación con la desaparición de David?

No respondí inmediatamente.

Ella sonrió sin humor.

—En un pueblo pequeño, las preguntas nuevas suelen tener una causa antigua.

—Estoy intentando entender quién era David.

—Eso no se consigue mirando papeles.

—¿Y cómo se consigue?

—Preguntando a quienes todavía recuerdan.

Me entregó una carpeta gris. —Esto es lo único que puedo darle.

Dentro había recortes de prensa, copias de comunicados y una hoja de incidencias con varias líneas tachadas. La última página estaba doblada por la mitad.

La desdoblé.

En ella aparecía un nombre: Álvaro Belmonte. El apellido me resultó familiar. Belmonte. La madre de David se apellidaba Belmonte. Llamé a Elena desde el coche, No contestó. Volví a llamar diez minutos después.

Esta vez sí.

—¿Dónde está? —preguntó.

—En Abarán.

—Le dije que no volviera.

—No me dijo eso.

—Se lo estoy diciendo ahora.

—He encontrado una referencia a un accidente de 2009. Hubo silencio al otro lado.

—No sabe lo que está buscando.

—¿Quién es Álvaro Belmonte?

Elena respiró profundamente. Un primo de mi padre.

—¿Estaba con David la noche del accidente?

—David era un niño. Tenía diecisiete años. Era un niño.

—¿Y Álvaro?

—No sé.

—¿No lo sabe?

—Hace años que no hablamos de aquello.

—¿Qué ocurrió?

—Una caída.

—¿Quién cayó?

Elena no contestó.

—¿Fue David?

El silencio se prolongó.

—Mamá. No sé por qué la llamé así. Tal vez porque durante un instante no estaba hablando con la madre de David, sino con alguien que había conocido aquella noche.

—No vuelva a llamarme —dijo. Y colgó.

Álvaro Belmonte no figuraba en el padrón actual de Abarán.

Encontré su nombre en un registro antiguo y una dirección que ya no existía. La vivienda había sido derribada años atrás para construir un edificio de apartamentos. El portero de la finca era un hombre llamado Julián. Tenía más de setenta años y una memoria mucho mejor que la mía.

—Álvaro se marchó antes de que construyeran esto —me dijo—. Se fue a Valencia, creo.

—¿Lo conocía?

—Todo el mundo conocía a Álvaro.

—¿Cómo era?

Julián se encogió de hombros.

—De esos que parecen simpáticos hasta que dejan de serlo.

—¿Qué quiere decir?

—Que hablaba con todos, pero no confiaba en nadie. Y la gente tampoco confiaba mucho en él.

—¿Tenía relación con David?

—Con David no. Con la familia sí.

—¿Qué ocurrió en 2009?

Julián miró hacia la entrada del edificio. —¿Quién le ha hablado de eso?

—Encontré un documento. Los documentos no hablan solos. ¿Qué ocurrió?

—Un muchacho cayó cerca del río.

—¿Quién?

—No me acuerdo.

—¿Era David?

—David estaba allí.

La respuesta me dejó inmóvil. ¿Allí dónde?

—En el camino.

—¿Lo vio?

—Vi a varios chavales.

—¿Cuántos?

—Cuatro.

—¿Y Álvaro?

Julián negó con la cabeza. —Álvaro no era un chaval.

—Entonces, ¿qué hacía allí?

—Eso no lo sé.

—¿Qué vio exactamente?

El hombre se llevó una mano a la nuca. —Vi una camisa blanca. Un chico en el suelo. Otro corriendo. Y una mujer que gritaba.

—¿Qué mujer?

—No lo sé.

—¿Elena?

—No.

—¿Está seguro?

—Las madres no gritan así.

No pregunté qué significaba aquello.

A veces, las personas no responden a las preguntas. Responden a recuerdos que llevan años intentando no tocar.

Regresé al hotel con una fotocopia del documento de 2009.

El nombre de Álvaro estaba escrito en la parte inferior de la hoja, junto a una anotación: Declaración no incorporada al expediente.

No aparecía su testimonio. Solo una referencia a él.

Alguien había hablado con Álvaro y después había decidido que sus palabras no formaran parte del registro.

Abrí la caja que había encontrado en el almacén.

Las carpetas olían a humedad. Algunas páginas estaban pegadas entre sí. Las separé con cuidado, usando la punta de una regla.

En el fondo había un sobre pequeño. No tenía remitente.

Solo una palabra escrita en la solapa: DAVID

Dentro encontré tres objetos.

Una fotografía. Una llave. Y un hilo rojo enrollado alrededor de una tarjeta.

La fotografía estaba tomada en una zona boscosa junto al río. Era antigua, probablemente de 2009. En primer plano aparecían cuatro adolescentes de espaldas. Uno de ellos era David.

Lo reconocí por la chaqueta militar de su padre, estaba mirando hacia el agua.

Los otros tres muchachos habían sido recortados con una cuchilla.

No se veía ningún rostro. Al fondo, junto a una de las norias, había una mujer.

Llevaba un vestido claro y tenía la cabeza inclinada.

En la mano sostenía algo rojo.

La llave era pequeña, de metal oscuro. Tenía grabado un número: 17

El hilo estaba anudado a la tarjeta mediante una costura limpia, precisa.

En la tarjeta había una frase: La primera mentira fue que David estaba solo.

Me quedé mirando el nudo.

No era un adorno.

Alguien había unido el hilo a la tarjeta para impedir que se separara. La costura atravesaba el papel dos veces y formaba una pequeña cruz en el centro.

La misma marca aparecía en una de las fotografías del expediente.

Y también en una nota encontrada en la habitación de David. Una costura.

Una forma de unir cosas que alguien había intentado separar.

A la mañana siguiente fui a ver a Tomás Ruiz.

Su casa estaba en una calle estrecha, llena de macetas y persianas bajadas. Había sido profesor de David y, según Laura, una de las pocas personas a las que él escuchaba.

Tomás abrió la puerta después de que llamara tres veces.

—No quiero hablar con periodistas.

—No vengo por una declaración.

—Todos los periodistas dicen eso.

—Vengo por una fecha.

—Las fechas no son inocentes.

Le enseñé la fotografía. Tomás no la cogió. Solo la miró. Su rostro cambió al instante.

—¿Dónde la ha conseguido?

—En un expediente relacionado con David.

—Ese expediente no debería estar en sus manos.

—Eso me han dicho varias veces.

—Y aun así sigue preguntando.

—Es mi trabajo.

—No. Su trabajo es publicar lo que otros le permiten publicar.

—¿Qué ocurrió el 17 de octubre de 2009?

Tomás cerró la puerta a medias.

—Váyase.

—¿Quiénes aparecen en la fotografía?

—No lo sé.

—Uno de ellos es David.

—Ya lo sé.

—¿Quiénes son los otros?

—No lo sé.

—¿Qué significa Thornveil?

Tomás soltó la puerta. Durante unos segundos solo se escuchó el zumbido de una nevera en algún lugar de la casa.

—¿Quién le ha dado ese nombre?

—Estaba escrito en una carpeta.

—¿En una carpeta de David?

—Sí.

—Entonces pregúntele a David.

—Está desaparecido.

—Quizá por eso no puede responderle.

—¿Usted sí puede? Tomás me miró con una mezcla de miedo y cansancio.

—Thornveil no es un lugar.

—¿Qué es?

—Una palabra que alguien utilizó para llamar a una serie de cosas que no debían estar relacionadas.

—¿Qué cosas?

—Personas. Accidentes. Mentiras.

—¿Quién la utilizó?

—No lo recuerdo.

—¿Álvaro Belmonte?

El profesor se estremeció.

No fue una reacción exagerada. Fue algo más pequeño: los dedos se le tensaron y su mandíbula se cerró. Pero fue suficiente. —Álvaro no tenía nada que ver con eso.

—No le he dicho con qué tenía que ver.

Tomás retrocedió un paso. —No siga.

—David siguió.

—David no sabía lo que estaba haciendo.

—¿Qué estaba buscando?

—Una respuesta.

—¿A qué pregunta?

Tomás miró la fotografía otra vez. —A la pregunta equivocada.

—¿Cuál?

—Quién mintió primero.

Aquella tarde volví a la casa de Elena. Esta vez me dejó entrar en la habitación de David.

La puerta estaba abierta. El aire era más frío que en el resto de la casa. En una de las paredes había un rectángulo limpio donde antes había estado colgado un mapa.

La cama estaba hecha. No parecía una habitación abandonada. Parecía una habitación detenida.

Sobre el escritorio había cinco libretas negras. Cuatro estaban llenas de anotaciones. La quinta tenía una sola frase:

Si me ocurre algo, no busques mi cuerpo. Busca lo que yo estaba buscando.

—¿La había visto antes? —pregunté.

Elena permaneció junto a la puerta. —No.

—¿La escribió David?

—Es su letra.

—¿Cuándo?

—No lo sé.

Abrí la primera libreta.

David había anotado fechas, nombres, sonidos y lugares. No utilizaba frases largas. Escribía como si temiera olvidar algo antes de terminarlo.

22:18. Pasos sobre tierra. Dos personas.

22:31. Motor detenido. No hay luces.

23:04. Agua. Tres golpes metálicos.

23:17. Voz masculina. Dice mi nombre.

En otra página aparecía una lista: Elena, Andrés, Sergio, Laura, Tomás, Álvaro.

El nombre de Álvaro estaba rodeado por un círculo.

El de Elena aparecía tachado.

—¿Sabía que David investigaba a su familia? —pregunté.

—No investigaba a nadie.

—Su nombre está aquí.

—Era su madre. Mi nombre tenía que aparecer.

—Está tachado.

Elena se acercó al escritorio, miró la libreta. —No sé qué significa.

—¿Por qué no me dijo que David conocía a Álvaro?

—Porque no lo conocía.

—La fotografía demuestra lo contrario.

—Esa fotografía no demuestra nada.

—Aparece con otros tres chicos junto al río.

—David tenía muchos amigos.

—¿Quiénes son los otros?

Elena no respondió.

—¿Dónde está su padre?

—No lo sé.

—¿Cuándo habló con él por última vez?

—Hace años.

—¿Y David?

Elena miró hacia la ventana. —David no volvió a hablar con su padre.

—Eso no es cierto.

—¿Qué quiere de mí? La pregunta no sonó a enfado. Sonó a agotamiento.

—Quiero saber qué ocurrió.

—No quiere saber qué ocurrió. Quiere encontrar algo que publicar.

—También quiero encontrar a David.

—David ya no está.

No supe qué contestar.

Elena bajó la voz.

—Y si todavía estuviera, usted sería la última persona a la que querría cerca.

Al salir de la casa, encontré un sobre debajo del limpiaparabrisas.

No lo había dejado allí cuando llegué.

Era blanco, sin sello ni dirección. Dentro había una hoja doblada.

La letra era diferente a la de las notas del expediente. Más estrecha. Más ordenada.

David no fue el primero.

La noche del accidente hubo cuatro muchachos, una mujer y un hombre.

Uno cayó.

Uno huyó.

Uno mintió.

Y uno aprendió que el silencio también puede heredarse.

En la parte inferior había una segunda frase:

Si quiere encontrar a David, vuelva a la noria cuando no haya nadie.

La nota no llevaba firma.

Pero el hilo rojo estaba allí, cosido al borde inferior del papel. Esta vez, el nudo formaba una cruz.

Fui a la noria pasada la medianoche.

No llevé la grabadora. Tampoco la cámara. Solo una linterna pequeña y la llave con el número 17.

El camino estaba oscuro. El ruido del agua llegaba desde la acequia y se mezclaba con el viento de los árboles. A medida que me acercaba, la noria apareció entre las sombras.

No se movía.

La llave no era para la estructura. Encajó en una pequeña caja metálica fijada detrás de una piedra.

Dentro había una tarjeta de memoria y una fotografía de David.

No era una imagen antigua. Había sido tomada poco antes de su desaparición.

David aparecía sentado frente a una mesa, en una habitación que no reconocí. Tenía la barba más larga y una expresión ausente. Sobre la mesa había una grabadora y un cuaderno abierto.

En el cuaderno podía leerse una frase: No confíes en quien te diga que no recuerda.

Debajo de la fotografía había una fecha. 16 de octubre de 2026. La víspera de su desaparición.

La fotografía era imposible.

La había encontrado en una caja que, según todos los documentos, llevaba años cerrada.

Guardé la tarjeta de memoria en el bolsillo.

Entonces escuché un sonido detrás de mí.

No fue una rama. No fue el viento. Fueron tres golpes secos sobre metal.

Uno. Dos. Tres.

Me giré, no vi a nadie.

Pero en el suelo, junto a la noria, había un hilo rojo anudado a una rama baja y debajo, una frase escrita con piedras:

LA PRIMERA COSTURA YA ESTÁ HECHA.

Documento promocional - Prohibida su venta o distribución

Capítulo 4

La grabación

No toqué el hilo rojo.

Lo observé durante unos segundos, inmóvil, mientras los tres golpes seguían repitiéndose dentro de mi cabeza.

Uno. Dos. Tres.

La rama estaba a menos de un metro de la noria. El hilo había sido atado con un nudo sencillo, pero limpio. No parecía colocado al azar. Alguien había querido que lo viera.

Y alguien sabía que iba a acudir.

Miré hacia el camino. No había nadie. La luz de la linterna apenas alcanzaba los primeros árboles y se perdía después entre los troncos. El agua continuaba avanzando por la acequia con un murmullo constante, indiferente a todo.

Saqué el teléfono.

No tenía cobertura.

Lo levanté por encima de la cabeza, como si unos centímetros pudieran cambiar algo. La pantalla permaneció vacía.

Entonces escuché un roce a mi espalda.

Me giré demasiado deprisa.

La linterna iluminó el sendero, la noria, los árboles y una hilera de piedras húmedas. Nada más.

Sin embargo, alguien había estado allí.

El aire conservaba un olor tenue a tabaco. No era el mío.

Guardé la tarjeta de memoria en el bolsillo interior de la chaqueta y me alejé sin volver a mirar la rama.

No corrí. Correr habría significado reconocer que tenía miedo.

Pero caminé deprisa.

Llegué al hotel a la una y doce de la madrugada.

Antes de abrir el ordenador, comprobé dos veces que la puerta estuviera cerrada. Después apoyé una silla contra el pomo, una costumbre absurda que había adquirido durante mis primeros años cubriendo sucesos.

La tarjeta de memoria era pequeña y negra. No tenía ninguna marca. La introduje en el lector del portátil.

Aparecieron cuatro carpetas.

AUDIO.

FOTOGRAFÍAS.

DOCUMENTOS.

NO ABRIR.

La última carpeta estaba protegida con contraseña.

Abrí la primera.

Contenía nueve archivos de audio numerados. Los nombres eran fechas y horas.

- 14-10-2026_21-17.
- 14-10-2026_23-04.
- 15-10-2026_00-12.
- 15-10-2026_18-42.
- 16-10-2026_19-03.
- 16-10-2026_22-31.
- 16-10-2026_23-48.
- 17-10-2026_00-06.
- 17-10-2026_00-19.

La desaparición de David se había producido la noche del 17 de octubre.

Según la policía, alrededor de las diez.

La última grabación estaba fechada a las doce y diecinueve de la madrugada.

Eso significaba que, si la hora era correcta, David seguía vivo más de dos horas después de haber salido de su casa.

Abrí el archivo más antiguo.

Durante los primeros segundos solo se escuchó ruido. Una respiración débil. El roce de una tela. Después, una voz.

La reconocí enseguida. Era David.

—Prueba uno —dijo—. Si esta grabación aparece, significa que ya no puedo acceder a mi ordenador.

Hubo una pausa.

—No sé quién va a escuchar esto. Si eres tú, mamá, no sigas. No quiero que te metas.

La grabación continuó con un ruido metálico, como si hubiera movido la grabadora sobre una superficie.

—He encontrado el nombre otra vez. Thornveil. Aparece en los documentos de 2009, pero no como un nombre. Como una marca. Alguien la usa para unir hechos que oficialmente no tienen relación.

David respiró despacio.

—La primera vez pensé que era una firma. Después creí que era una clave. Ahora creo que es una advertencia.

La grabación terminó.

Duraba un minuto y cuarenta y seis segundos.

Me quedé mirando la pantalla. Después abrí la segunda. La voz de David sonaba más cansada.

—Prueba dos. El accidente no fue una caída. Al menos no empezó como una caída.

Un golpe seco interrumpió la frase.

—Había cuatro chicos. Eso ya lo sé. Pero solo uno aparece en los periódicos. El herido. Los otros tres desaparecen de la historia.

Otra pausa.

—Uno de ellos era yo.

Sentí una presión en el pecho.

David había estado allí.

No como un observador ocasional. No como alguien que pasó por el camino. Había sido uno de los cuatro muchachos presentes la noche del accidente.

La grabación continuó.

—No recuerdo quién cayó. Esa es la parte que todos me repiten. Mi madre dice que fui yo. Álvaro dice que fue otro. Tomás dice que nadie debería hablar de aquello.

La voz se volvió más baja.

—Pero yo sí recuerdo algo.

Se escuchó un roce.

—Recuerdo que alguien estaba llorando antes de que ocurriera.

La grabación terminó.

Abrí la tercera.

Esta vez no había palabras durante casi un minuto. Solo agua. El sonido era irregular, como si la grabadora estuviera colocada cerca de la orilla.

Después se oyó una voz femenina.

—No deberías seguir buscando. No reconocí quién era.

David respondió:

—¿Por qué?

—Porque no vas a encontrar lo que crees.

—¿Qué voy a encontrar?

La mujer tardó en contestar.

—A ti.

Un ruido fuerte. La grabación se cortó. Reproduce el archivo una segunda vez. Luego una tercera.

La voz femenina era baja, pero no parecía distorsionada. En el fondo se escuchaban grillos, agua y un sonido mecánico que identifiqué después de varios intentos.

La noria.

David había grabado aquella conversación junto al río.

A las tres de la madrugada llamé a mi redactor jefe.

Contestó con voz dormida.

—¿Qué pasa?

—Tengo una grabación relacionada con David.

—¿Ahora?

—Necesito que la escuches.

—Mándamela mañana.

—No. Escúchala ahora.

—¿Estás borracho?

—No.

—¿Estás en Abarán?

No respondí.

—Sabía que estabas allí —dijo—. Te dije que no convirtieras esto en una obsesión.

—La policía se equivocó con la hora de la desaparición.

—Eso ya lo sabemos.

—No, no lo sabemos. Tenemos una grabación de David pasada la medianoche.

Hubo silencio. —¿Estás seguro de que es él?

—Sí.

—¿La voz está identificada?

—No oficialmente.

—Entonces no tenemos nada.

—Dice que estuvo en el accidente de 2009.

—¿Qué accidente?

—El de la zona del río.

Mi redactor se incorporó al otro lado.

—¿Cómo has conseguido esa grabación?

—No importa.

—Importa mucho.

—Está en una tarjeta de memoria.

—¿Te la ha entregado alguien?

—La he encontrado.

—¿Dónde?

No respondí.

—¿La policía sabe que la tienes?

—No.

—Entonces no la publiques.

—No iba a publicarla todavía.

—No quiero decir todavía. Quiero decir que no publiques nada sin verificar la autenticidad.

—La voy a verificar.

—Y vas a entregarla a la policía.

—Si la entrego, desaparece.

—Eso no lo sabes.

—He visto el expediente.

—¿Qué expediente?

—El de David.

—El expediente oficial no tiene esa grabación.

—Por eso.

Mi redactor respiró profundamente.

—Escúchame. Si alguien te está dando pruebas de forma anónima, puede estar utilizándote.

—Ya lo sé.

—No parece que lo sepas.

—Me han llevado hasta una caja, una fotografía y una tarjeta de memoria.

—¿Quién?

—No lo sé.

—Pues averígualo antes de seguir jugando a detective.

La llamada terminó sin que ninguno de los dos se despidiera.

Volví a escuchar la grabación.

La voz femenina pronunció una frase que no había comprendido la primera vez.

—No vas a encontrar lo que crees.

La repetí en voz alta.

Después entendí lo que me había inquietado desde el principio.

No dijo “no vas a encontrarlo”.

Dijo:

—No vas a encontrar lo que crees.

La carpeta de fotografías contenía veintisiete archivos.

La mayoría mostraba lugares de Abarán: caminos, acequias, la noria, la zona de huerta, una casa abandonada y la entrada de un almacén.

David había tomado algunas fotografías de día y otras por la noche.

En varias aparecía el mismo detalle: una marca dibujada sobre muros, piedras o puertas.

Una pequeña cruz atravesada por una línea horizontal.

La primera costura.

La marca no estaba hecha siempre con el mismo material. En una pared aparecía trazada con tiza. En una piedra, grabada con algo afilado. En una puerta, dibujada con pintura oscura.

La encontré también en la fotografía del hombre que aparecía junto al vehículo de Laura.

Al fondo, apenas visible, alguien había pintado la misma marca sobre una pared.

Abrí el archivo ampliado.

El hombre llevaba una chaqueta oscura. La cabeza estaba girada hacia un lado. No podía verle la cara.

Pero en la muñeca tenía un hilo rojo.

La fotografía había sido tomada desde el interior de un vehículo.

David no solo estaba observando a Laura.

También estaba observando a quien la observaba a ella.

A las cuatro y diez abrí la carpeta de documentos.

Había copias de actas, capturas de mensajes y fotografías de páginas antiguas. En el centro de una de ellas aparecía el nombre de Álvaro Belmonte.

Declaración reservada.

La fecha era el 18 de octubre de 2009, un día después del accidente.

Leí el documento.

“El declarante manifiesta que no se encontraba en la zona del río durante la tarde del día 17. Niega haber tenido contacto con los menores implicados. Declara no conocer a ninguno de ellos.”

La declaración estaba firmada. Pero la firma no era de Álvaro. Era una rúbrica diferente.

Debajo, en letra manuscrita, alguien había escrito:

La firma se obtuvo después. La primera declaración fue destruida.

Pasé a la siguiente página.

Era una transcripción parcial.

“El hombre llegó antes que los chicos. La mujer ya estaba allí. Hablaron de la caja. Luego llegó David.”

La palabra “caja” estaba rodeada con tinta roja.

Al margen aparecía una nota:

¿Qué caja?

En otra hoja encontré cuatro nombres.

David.

Álvaro.

Marta.

El cuarto no identificado.

Marta.

No la hermana de David. La fecha era de 2009 y tenía quince años. Podía haber estado allí, aunque nadie la había mencionado.

Llamé a Elena.

Esta vez no contestó.

Llamé a Marta.

Su número aparecía en una noticia antigua. La llamada entró directamente al buzón.

Dejé un mensaje breve:

—Soy el periodista que está investigando la desaparición de David. Necesito hablar contigo sobre el 17 de octubre de 2009.

No habían pasado ni treinta segundos cuando el teléfono vibró.

Era Marta.

—No mencione esa fecha —dijo.

—¿Por qué?

—Porque no sabe quién puede estar escuchando.

—¿Usted estaba allí?

—No.

—Su nombre aparece en un documento.

—¿Qué documento?

—Una transcripción relacionada con el accidente.

—¿Quién se lo ha dado?

—No puedo decírselo.

—Entonces no puedo ayudarle.

—¿David le habló del accidente?

Marta no respondió.

—¿Le habló de Thornveil?

—No vuelva a pronunciar esa palabra.

—¿Qué significa?

—Significa que alguien ha cometido un error.

—¿Quién?

—Usted.

La llamada se cortó.

No dormí.

A las siete de la mañana, la tarjeta de memoria dejó de funcionar.

El ordenador mostró un mensaje de error. La carpeta de audio había desaparecido. Las fotografías también. Solo quedaban dos archivos dañados y la carpeta protegida con contraseña.

Pensé que se había producido un fallo.

Después recordé que no había conectado el ordenador a internet.

La tarjeta había cambiado sola.

O alguien la había diseñado para hacerlo.

Intenté recuperar los archivos. Utilicé varios programas, copié el contenido en otro dispositivo y revisé las propiedades de cada archivo.

Nada.

La única carpeta intacta era **NO ABRIR**.

La contraseña tenía que estar relacionada con David.

Probé su fecha de nacimiento. El nombre de su madre. El de su padre. Abarán. El número 17. La palabra Thornveil.

Nada.

Entonces recordé una anotación en su libreta:

23:17. Voz masculina. Dice mi nombre.

Probé **2317**.

La carpeta se abrió.

Dentro había un solo archivo de vídeo.

Duraba once segundos.

Lo abrí.

La imagen estaba oscura. Se veía una habitación pequeña con las paredes desnudas. Una bombilla colgaba del techo. Al fondo había una silla.

David estaba sentado en ella.

Tenía las manos apoyadas sobre las rodillas. No parecía herido, pero estaba muy pálido.

Miraba directamente a la cámara.

—Si estás viendo esto —dijo—, significa que la primera versión ha funcionado.

El vídeo terminó.

Lo reproduje de nuevo.

La primera versión. No “la versión oficial”. No “la versión de la policía”. La primera versión.

David sabía que alguien iba a construir un relato sobre su desaparición. Y sabía que ese relato sería falso.

Abrí las propiedades del vídeo.

Había sido creado el 16 de octubre de 2026 a las 23:48.

La fotografía encontrada junto a la noria tenía la misma fecha.

David seguía vivo a las once y cuarenta y ocho de la noche.

Pero no estaba en Abarán.

La habitación del vídeo no tenía ventanas. En la pared del fondo había una marca.

La cruz atravesada por una línea.

Y sobre la mesa, justo fuera del encuadre, se veía una caja de cartón.

La misma caja que yo había encontrado.

A las ocho y media fui a la comisaría.

No entregué la tarjeta de memoria. Tampoco mencioné el vídeo.

Pedí hablar con el agente que había coordinado la búsqueda inicial. Se llamaba Héctor Valcárcel y tenía el rostro de quien ha aprendido a no mostrar cansancio.

—¿Qué desea? —preguntó.

—Revisar algunos datos del caso David.

—El caso sigue abierto.

—Lo sé.

—Entonces sabrá que la investigación no puede comentarse públicamente.

—No le pido información reservada.

—Todos los periodistas dicen eso.

—Quiero confirmar una hora.

Valcárcel me indicó que me sentara.

—¿Qué hora?

—La última hora conocida de David.

—Las diez y doce.

—¿Quién la estableció?

—La madre.

—¿Ella lo vio salir?

—Sí.

—¿Y la cámara del vehículo?

El agente permaneció inmóvil.

—¿Qué cámara?

—La que registró el coche de David a las once y dos.

—No existe ninguna grabación incorporada al expediente.

—Pero existe.

—¿Dónde la ha visto?

—En una copia de un informe.

—¿Quién le ha dado ese informe?

—¿La policía no lo tiene?

Valcárcel se inclinó hacia mí. —Tenga cuidado.

—¿Con qué?

—Con las personas que le entregan documentos sin contexto.

—¿Conoce la palabra Thornveil?

Por primera vez, el agente mostró una reacción clara.

No fue miedo. Fue reconocimiento.

—No publique eso —dijo.

—¿Por qué?

—Porque no sabe lo que significa.

—¿Y usted sí?

—Sé lo suficiente para no pronunciarla aquí.

—¿Dónde debería pronunciarla?

—En ninguna parte.

—¿Tiene relación con David?

Valcárcel miró hacia la puerta de la sala. —David no desapareció por lo que descubrió.

—Entonces, ¿por qué?

—Porque decidió que podía utilizarlo.

—¿Utilizar qué?

El agente no respondió. Su teléfono comenzó a vibrar sobre la mesa. Miró la pantalla. No contestó.

La vibración se detuvo.

Segundos después, recibió un mensaje. El rostro le cambió.

—Tiene que marcharse.

—¿Quién le ha escrito?

—Márchese.

—¿Es sobre David?

Valcárcel se levantó.

—Ahora.

Antes de salir, miró la pantalla de su teléfono. Solo alcanzó a ver cuatro palabras: **La costura está abierta.**

Afuera, junto a la puerta de la comisaría, había un hombre esperándome.

No lo había visto antes.

Llevaba una camisa blanca, pantalón oscuro y una pulsera roja alrededor de la muñeca.

—¿Es usted el periodista? —preguntó.

—Depende de quién pregunte.

—David dejó algo para usted.

—¿Qué?

El hombre miró hacia la calle. —Una oportunidad.

—¿De encontrarlo?

—De dejar de buscarlo.

—¿Quién es usted?

—Alguien que llegó tarde.

—¿A qué?

—A la primera mentira.

Sacó un sobre del bolsillo y me lo entregó.

Esta vez no lo abrí delante de él.

—¿David está vivo?

El hombre me miró fijamente. —Esa no es la pregunta correcta.

—¿Cuál es la pregunta correcta?

—¿Quién quiere que crea que está muerto?

Después se marchó sin añadir nada.

Abrí el sobre cuando llegué al coche. Dentro había una sola hoja. No estaba escrita a mano. Era una impresión.

David no desapareció el 17 de octubre.

Ese día solo dejó de ser visible.

La desaparición comenzó siete años antes.

Pregunte por la noche en que David aprendió a mentir.

Debajo aparecía una dirección.

No era la de la casa de Elena.

No era la de Sergio.

No era la de la noria.

Era la de una antigua nave industrial en las afueras de Abarán.

Junto a la dirección había una hora: **23:17.**

Y una última frase: **Venga solo.**

Capítulo 5

La noche en que David aprendió a mentir

La dirección correspondía a una nave industrial abandonada en las afueras de Abarán.

La reconocí al instante.

Había pasado junto a ella la tarde anterior, cuando buscaba la carretera que conducía hacia la zona vieja de la huerta. Se encontraba detrás de una hilera de almacenes agrícolas, con las ventanas cubiertas por tablones y las paredes manchadas de humedad.

En el registro municipal todavía aparecía como Almacén Belmonte.

El apellido volvió a cruzarse en mi camino. Belmonte.

El mismo que figuraba en el nombre de Elena. El mismo que aparecía junto a la declaración reservada de 2009. El mismo que David había rodeado con tinta negra en una de sus libretas.

Llegué a las once y cinco de la noche.

La nave estaba rodeada por una valla metálica. En varios puntos había sido cortada y vuelta a cerrar con alambre. No parecía un lugar completamente abandonado. La maleza había crecido en la entrada, pero el camino central mostraba marcas recientes de neumáticos.

Aparqué lejos, bajo la sombra de unos árboles.

Durante unos minutos permanecí dentro del coche con las luces apagadas. La dirección decía que fuera solo, pero no especificaba si alguien me esperaba dentro.

Revisé el teléfono. Sin cobertura. Otra vez.

Era como si ciertos lugares de Abarán tuvieran la costumbre de quedarse fuera del mundo cuando alguien necesitaba pedir ayuda.

Cogí la linterna y salí del coche, la puerta lateral de la nave estaba entreabierta.

No había candado. Empujé despacio. El chirrido del metal recorrió el interior.

Esperé. Nada. Entré.

El olor fue lo primero.

Papel húmedo, aceite viejo y algo más difícil de identificar. Un olor dulce y desagradable, parecido al de la fruta demasiado madura.

La linterna recorrió el espacio.

Había maquinaria cubierta con lonas, cajas apiladas, una oficina acristalada y varias estanterías metálicas. En el suelo se veían marcas de barro seco.

La nave era más grande de lo que parecía desde fuera.

En una pared quedaban restos de un rótulo:

BELMONTE E HIJOS

La palabra “hijos” había sido raspada casi por completo.

Avancé por el pasillo central. A mi izquierda, varias cajas de cartón tenían fechas escritas con rotulador. 2007. 2008. 2009. 2010.

Me detuve frente a las de 2009.

Una estaba abierta, dentro había carpetas antiguas, fotografías y recibos. No era un archivo industrial. Era otra cosa. Alguien había utilizado aquella nave para guardar documentos personales.

Encontré una carpeta con el nombre de Álvaro Belmonte, la abrí.

La mayoría de los papeles estaban relacionados con terrenos, permisos y contratos de riego. Pero entre ellos había una fotografía. Mostraba a cinco personas delante de la nave.

Álvaro estaba en el centro.

A su lado aparecía un hombre joven que no reconocí. Detrás, casi oculto, había una mujer con vestido claro.

La misma mujer de la fotografía encontrada en la caja.

En el extremo izquierdo aparecían dos adolescentes. Uno era David. El otro tenía el rostro cubierto por una raya negra.

Alguien había tachado su identidad.

En el reverso de la fotografía había una fecha: 17 de octubre de 2009.

Y una frase: Antes de la caída, sentí un escalofrío.

David había estado en aquella nave la noche del accidente.

La versión de su madre, según la cual había salido a caminar, acababa de quedar destruida.

La habitación de atrás al fondo de la nave había una puerta de madera.

Estaba cerrada. Probé el pomo. No cedió.

A su lado encontré una pequeña caja metálica fijada a la pared. Tenía una cerradura con teclado numérico.

Recordé la llave marcada con el número 17.

La introduje en una ranura situada debajo del teclado.

No era una llave. Era una tarjeta metálica.

La caja se abrió dentro había una segunda llave.

También tenía grabado el número 17. La utilicé en la puerta.

Esta vez la cerradura cedió.

La habitación era pequeña, sin ventanas. Había una mesa, dos sillas y una cámara de vídeo fijada en una esquina.

En una pared se distinguía la marca de la cruz atravesada por una línea.

La primera costura.

Sobre la mesa había un magnetófono antiguo. A su lado, una cinta de casete.

La etiqueta decía: DAVID / 17-10-2009

Me quedé mirando la cinta.

En aquel momento entendí que no estaba descubriendo una investigación. Estaba entrando en una conversación que alguien había preparado para mí.

Introduje la cinta en el magnetófono.

Al principio solo se escuchó un zumbido. Después, una respiración nerviosa. La voz de David era más joven, pero inconfundible.

—No sé cómo empezar. Se oyó un golpe.

—Tomás dice que hay que contar los hechos en orden. Pero los hechos no ocurrieron en orden.

Otra respiración.

—Primero estaba la caja. Después llegó Álvaro. Después vino ella. Luego nosotros.

La grabación se interrumpió durante varios segundos.

—No voy a decir su nombre.

Una voz masculina habló desde fuera del campo sonoro.

—Tienes que decirlo.

David respondió: —No.

—Si no lo dices, todos cargarán con lo que ocurrió.

—Ya cargamos con ello.

—Tú no.

La voz masculina me resultaba familiar. No pude identificarla.

—Yo sí estuve allí —dijo David—. Eso es suficiente.

—No. No lo es.

—No la empujé.

La cinta se quedó en silencio. Después se oyó una silla arrastrándose.

—Pero la viste caer —dijo el hombre.

David tardó en contestar. —No estoy seguro de que cayera.

El sonido se distorsionó. La grabación terminó.

Me quedé junto al magnetófono con la mano suspendida sobre el aparato.

David había hablado de una mujer. Una mujer que cayó. Y de una caja. Pero lo más importante era otra cosa.

Había dicho:

No estoy seguro de que cayera.

La primera mentira

En la mesa había una segunda cinta.

La etiqueta decía: DECLARACIÓN DE DAVID

La reproducción comenzó con una voz adulta. Probablemente un agente de policía.

—Repita su nombre completo.

—David.

—Edad.

—Diecisiete.

—¿Dónde estaba la tarde del 17 de octubre?

—En casa.

—¿Desde qué hora?

—Desde las cinco.

—¿Salió en algún momento?

—No.

La respuesta fue demasiado rápida.

El policía dejó pasar unos segundos. —¿Está seguro?

—Sí.

—Su madre dice que salió a comprar.

—No salí.

—Hay un testigo que afirma haberlo visto junto al río.

—Se equivoca.

—¿Conoce a Álvaro Belmonte?

—No.

—¿Conoce a la mujer que estaba con él?

Silencio. —No sé de qué habla.

—David, si colaboras, todo será más fácil.

—No sé nada.

—¿Qué había dentro de la caja? La respiración del muchacho cambió.

—No había ninguna caja.

El policía repitió la pregunta.

David volvió a negar su existencia.

Después se escuchó una puerta abrirse. Alguien entró en la sala. Una voz femenina dijo algo que no se entendía.

El policía apagó la grabadora.

La cinta continuó grabando unos segundos más.

La voz de Elena apareció cerca del micrófono. —No diga nada sobre la caja.

El policía respondió: —Señora, su hijo ya ha hablado.

—No sabe lo que dice.

—Lo sabe perfectamente.

—No. La voz de Elena se volvió más baja.

—Si habla, lo perderemos todo. La grabación terminó.

La primera mentira de David no había sido negar que estuvo allí.

Había sido repetir las palabras de su madre.

El cuarto muchacho

Sobre la mesa encontré una carpeta con una lista de nombres.

David, Álvaro Belmonte, Marta, Nicolás.

Me quedé mirando el último nombre.

Nicolás era el padre de David.

Según todos los testimonios, Andrés había abandonado Abarán años después de separarse de Elena. En ninguna parte aparecía el nombre Nicolás.

Busqué más documentos.

Encontré una copia de una partida de nacimiento, una fotografía familiar y un informe médico.

El apellido estaba escrito en todos ellos. Pero el nombre no.

En la fotografía aparecían cuatro personas: Elena, David, Marta y un hombre que no reconocí. El rostro del hombre había sido arrancado de la imagen.

En el reverso alguien había escrito: Nicolás no es quien dice ser.

La frase estaba fechada en 2016.

Siete años antes de la desaparición.

La dirección del almacén no solo estaba relacionada con el accidente. También con la familia de David.

El hombre que todos llamaban Andrés podía haber utilizado otro nombre.

O Nicolás podía ser otra persona.

Encontré un sobre marrón en el fondo de la carpeta.

Dentro había una fotocopia del documento de identidad de Andrés.

La fotografía coincidía con el padre de David.

Pero la fecha de expedición era de 2010.

Después del accidente. Antes de que se marchara.

En la esquina inferior del documento, alguien había escrito: El nombre cambió después de la primera declaración.

No entendí qué significaba hasta que escuché un ruido fuera de la habitación.

Un paso. Después otro. Apagué la linterna. Me quedé inmóvil.

La puerta estaba entreabierta. A través de la rendija se filtraba una línea de luz.

Alguien había entrado en la nave.

La voz

No podía ver a la persona, pero escuché cómo avanzaba entre las cajas.

No se movía con prisa. Conocía el lugar.

Cada pocos segundos, algo metálico rozaba el suelo.

Una llave. Una herramienta. Un arma.

No quise averiguarlo.

Busqué una salida alternativa. La habitación solo tenía una puerta, pero junto a la pared había un conducto de ventilación cubierto por una rejilla.

No podía pasar por él.

La persona se detuvo al otro lado. El picaporte comenzó a moverse.

Mi mano encontró el magnetófono. Lo levanté, dispuesto a utilizarlo como defensa.

La puerta se abrió unos centímetros. —Sé que está ahí —dijo una voz.

Era la misma voz masculina de la cinta. La voz del hombre que había interrogado a David en 2009.

—¿Quién es? —pregunté.

—Eso ya lo sabe.

—No.

—Todavía no.

La puerta se abrió un poco más. Vi un hombro cubierto por una chaqueta oscura.

En la muñeca llevaba un hilo rojo.

—¿Qué le ocurrió a David? —pregunté.

—Lo mismo que a todos los que intentan corregir una mentira.

—¿Dónde está?

—Más cerca de lo que cree.

—¿Está vivo?

La persona permaneció en silencio.

Después respondió: —Cuando un hombre desaparece, lo primero que muere es la versión que los demás tenían de él.

—No le he preguntado eso.

—Lo sé.

El hombre empujó la puerta. La luz de la nave alcanzó su rostro. Lo reconocí.

Era Héctor Valcárcel, el agente que había coordinado la búsqueda de David.

Levanté el magnetófono.

—¿Qué hace aquí?

—La misma pregunta podría hacerle yo.

—Esta nave pertenece a los Belmonte.

—Ya no.

—¿Qué pasó aquí en 2009?

Valcárcel miró la cinta que sostenía.

—No debería haber encontrado eso.

—¿David grabó su declaración?

—David grababa todo.

—¿Qué había en la caja?

—Una prueba.

—¿De qué?

—De que la mujer no cayó.

—¿Entonces qué ocurrió?

El agente miró hacia la pared marcada. —La empujaron.

—¿Quién?

Valcárcel bajó los ojos. —David no.

—¿Álvaro?

—Tampoco.

—¿Quién?

—La persona que todos protegieron.

—¿Quién era?

El agente sacó su teléfono. La pantalla estaba apagada. —No puedo decírselo.

—¿Por qué?

—Porque si se lo digo, no llegará a publicarlo.

—¿Me está amenazando?

—Le estoy describiendo lo que ocurrió la última vez que alguien intentó hacerlo.

—¿Quién lo intentó?

Valcárcel me miró directamente. —David.

El archivo oculto

Antes de que pudiera hacer otra pregunta, las luces de la nave se apagaron.

La oscuridad fue absoluta. Escuché un golpe. Luego algo cayó al suelo.

Encendí la linterna del teléfono y apunté hacia la puerta.

Valcárcel había desaparecido. El pasillo estaba vacío. Corrí hasta la nave principal.

La puerta lateral seguía abierta, pero el exterior también estaba desierto.

El agente no podía haber salido sin que lo oyera.

Busqué detrás de las cajas. Revisé la oficina y el acceso a los almacenes. Nada.

Solo encontré su teléfono en el suelo. La pantalla estaba rota.

Lo recogí. Había recibido un mensaje justo antes de que se apagaran las luces.

El remitente no tenía nombre.

El texto decía:

Has llegado demasiado tarde. Debajo había una fotografía. La imagen mostraba la habitación en la que me encontraba.

Había sido tomada desde el interior de la nave.

Yo aparecía de espaldas, junto a la mesa.

La fotografía se había realizado menos de un minuto antes. Alguien más estaba allí.

Alguien que Valcárcel no quería que viera.

En la parte inferior de la imagen aparecía una fecha: 17-10-2009.

La fotografía era antigua.

Pero yo llevaba la misma ropa que aquella noche.

Lo que encontré bajo el suelo

El suelo de la habitación tenía varias tablas sueltas. Una de ellas estaba desplazada.

Debajo había un hueco estrecho. En el interior encontré una caja de madera. No la caja de cartón del vídeo.

Una caja más pequeña, oscura y pesada. La tapa estaba cosida con hilo rojo.

No era una metáfora.

Alguien había perforado la madera con una aguja y había unido la tapa al cuerpo de la caja con varias puntadas.

Corté el hilo con la navaja que llevaba en el bolsillo. Dentro había un cuaderno.

La primera página contenía una frase: Para quien encuentre esto después de David.

Pasé la página. La letra era de David. No confíes en mi madre. No confíes en Sergio. No confíes en Laura. No confíes en Tomás. No confíes en Valcárcel. Y, sobre todo, no confíes en mí.

Debajo había una segunda anotación: Si he desaparecido, es porque alguien ha decidido contar mi historia antes que yo.

Pasé las páginas con rapidez.

El cuaderno estaba lleno de fechas y nombres. En muchas hojas había manchas oscuras, como si la tinta se hubiera mezclado con agua.

En la última página encontré una dirección. No correspondía a ningún lugar de Abarán.

Era una ubicación junto al río, varios kilómetros más adelante, en una zona donde los caminos de huerta se estrechaban hasta desaparecer.

Al lado aparecía una hora: 00:06. Y una frase: Allí termina la primera versión.

Guardé el cuaderno.

Entonces el teléfono de Valcárcel volvió a vibrar. La pantalla rota se encendió. Una llamada entrante.

El número aparecía oculto. Contesté. Durante unos segundos no se escuchó nada.

Después, una voz susurró: —Ahora ya sabe cuándo empezó.

—¿Quién habla?

—Alguien que estuvo con David aquella noche.

—¿El cuarto muchacho?

Una respiración lenta. —No.

—Entonces, ¿quién?

—El quinto.

La llamada terminó.

Miré la caja abierta, el hilo cortado y el cuaderno de David.

Por primera vez comprendí que el accidente no había reunido a cuatro personas.

Había reunido a cinco.

Y una de ellas había permanecido invisible durante diecisiete años.

Al salir de la nave, encontré una frase escrita en el polvo del capó de mi coche: David no aprendió a mentir aquella noche.

Aprendió a obedecer.

Documento promocional - Prohibida su venta o distribución

Capítulo 6 El quinto

La frase permaneció escrita en el polvo del capó durante todo el trayecto.

****David no aprendió a mentir aquella noche. Aprendió a obedecer.****

No la limpié.

Tampoco borré el número oculto del registro de llamadas. Sabía que ambas cosas eran inútiles como pruebas, pero necesitaba conservarlas unos minutos más. Cuando uno investiga una historia que empieza a desprenderse de la realidad, cualquier objeto puede convertirse en el último punto firme.

Conduje sin rumbo durante un rato.

No quería volver al hotel. Tampoco quería ir a la casa de Elena. La dirección escrita en el cuaderno de David quedaba a varios kilómetros de Abarán, junto al río, en una zona de caminos estrechos y parcelas abandonadas.

La hora indicada era 00:06. Faltaban cuarenta y cinco minutos. decidí ir.

No porque fuera prudente. Tampoco porque creyera que encontraría allí una respuesta. Fui porque la alternativa era regresar a una habitación de hotel y esperar a que el miedo se transformara en cansancio.

Y porque empezaba a sospechar que, en aquella historia, las personas que obedecían demasiado tiempo acababan desapareciendo.

El camino del río

La carretera secundaria estaba casi vacía. Solo encontré un camión y un vehículo oscuro que apareció detrás de mí durante varios kilómetros.

No pude distinguir la matrícula.

Cada vez que reducía la velocidad, el vehículo también lo hacía. Cuando aceleraba, mantenía la distancia.

Intenté convencerme de que se trataba de una coincidencia. En una carretera de noche, las coincidencias parecen seguirte porque no hay nada más que mirar.

En el siguiente cruce giré hacia un camino agrícola. El vehículo continuó recto.

Esperé unos segundos antes de apagar las luces.

El silencio volvió a rodearme.

El camino estaba mal asfaltado y tenía tramos cubiertos de tierra. A un lado se extendían los huertos; al otro, una línea irregular de árboles ocultaba el río.

La señal del teléfono desapareció.

Consulté la hora. 23:58.

La ubicación del cuaderno debía estar cerca.

Avancé despacio hasta encontrar una construcción baja, casi oculta entre la vegetación. Parecía una antigua caseta de bombeo. Tenía las paredes desconchadas y una puerta de metal cubierta de óxido.

En la fachada aparecía la marca. La cruz atravesada por una línea.

Pero alguien la había cubierto parcialmente con pintura blanca. Como si hubiera intentado borrarla. Como si no hubiera podido.

Aparqué detrás de unos árboles y cogí la linterna.

La puerta no estaba cerrada.

La caseta

Dentro hacía más frío que en el exterior.

El suelo estaba cubierto de polvo y pequeñas piedras. Había una bomba antigua, tuberías oxidadas y una mesa de madera en el centro.

Sobre la mesa encontré una grabadora.

No era la de David. Era más pequeña y moderna. Junto a ella había una nota doblada.

Escuche primero. Pregunte después.

Pulsé el botón.

La grabación comenzó con un sonido de agua.

No era el río. El ruido era más grave, más profundo, como si la grabadora estuviera colocada en el interior de una tubería.

Después apareció una voz. —Si ha llegado hasta aquí, ya conoce la fecha.

Reconocí al hombre del teléfono. La persona que se había llamado a sí misma “el quinto”.

—No intente encontrarme —continuó—. No porque no pueda hacerlo, sino porque cuando lo haga dejará de ser un observador.

La grabación se interrumpió durante unos segundos.

—Eso fue lo que le ocurrió a David. Al principio solo quería comprender qué había pasado. Después quiso demostrarlo. Finalmente, creyó que podía decidir quién debía saberlo.

Un golpe suave.

—Esa fue su primera equivocación.

Me acerqué a la grabadora.

—La noche del 17 de octubre de 2009 no hubo cuatro personas en la ribera del Segura. Hubo seis.

La cifra me sorprendió. Seis.

—Cuatro adolescentes. Una mujer. Y un hombre que llegó después. Yo no era el quinto. El quinto era otro.

La cinta continuó.

—El nombre que busca no es el mío. El nombre que busca fue borrado de todos los documentos porque era el único que podía explicar por qué la mujer estaba allí.

Se escuchó una respiración.

—David la conocía. No como todos creen. No era una desconocida. No era una testigo ocasional. Ella llevaba meses preparando algo con él.

Una pausa más larga.

—David no la empujó. Pero la llevó hasta la nave. David no la golpeó. Pero le entregó la caja. David no la hizo desaparecer. Pero fue quien mintió para que los demás pudieran hacerlo.

La grabación terminó.

No había música. No había efecto. Solo el sonido del agua desapareciendo lentamente.

La mujer del vestido claro

Abrí el cuaderno de David. Entre las páginas había una fotografía doblada.

La mujer del vestido claro aparecía junto a la nave. El rostro estaba parcialmente oculto por la sombra, pero llevaba el cabello recogido y sostenía una caja contra el pecho.

En la parte inferior de la imagen había una fecha: 3 de mayo de 2009.

Seis meses antes del accidente.

Detrás de la fotografía, David había escrito: No vino por Álvaro. Vino por nosotros.

No entendía quién podía ser.

En una página posterior encontré una lista de nombres femeninos:

Teresa, Isabel, Clara, Nuria, Rebeca.

Todos estaban tachados excepto uno.

Clara Vela.

Debajo aparecía una fecha: Desaparecida: 18 de octubre de 2009.

La fecha coincidía con el día posterior al accidente.

Busqué el nombre en el teléfono.

No encontré resultados. Ni noticias. Ni denuncias. Ni esquelas.

Solo una referencia en un documento antiguo, dentro de la carpeta de 2009: Clara Vela, 34 años. Trabajadora temporal. Último domicilio conocido: Murcia.

No había fotografía. No había familia mencionada. No había una investigación oficial.

Clara había desaparecido sin convertirse en desaparecida.

Ese detalle me produjo una inquietud distinta.

David no estaba investigando a una mujer cuya desaparición se había archivado.

Estaba investigando a una mujer cuya desaparición nunca había sido reconocida.

La caja

En el rincón de la caseta había una caja de madera.

No era la que había encontrado en la nave, pero tenía el mismo tipo de costura: hilo rojo atravesando la tapa y formando una cruz.

Esta vez no la abrí inmediatamente.

La observé.

La madera estaba húmeda. En una esquina había una mancha oscura. Sobre la tapa alguien había escrito una palabra: CLARA

Corté el hilo.

Dentro había un vestido claro doblado con cuidado.

No era el vestido completo. Solo una parte de la tela: la manga izquierda y una franja del cuerpo. Había sido arrancada de forma irregular.

En la costura interior alguien había escondido una pequeña nota.

La saqué con unas pinzas. El papel estaba envejecido, pero la tinta se conservaba.

Si David dice que no me conoce, miente. Si Elena dice que no me ha visto, miente. Si Álvaro dice que estaba solo, miente. La única persona que dice la verdad es la que no puede hablar.

Debajo aparecía una inicial: M.

Marta.

El nombre de la hermana de David. La tela olía a humedad y a perfume antiguo.

Guardé la nota en una funda de plástico.

Después encontré un pequeño dispositivo de audio oculto en el dobléz del vestido.

Era una grabadora diminuta.

La activé.

Una voz femenina habló con dificultad.

—David, si estás escuchando esto, significa que no has hecho lo que te pedí.

La voz se quebró. —Te dije que no llevaras la caja a la nave. Te dije que no hablaras con tu madre. Te dije que no confiaras en el hombre que usa el nombre de tu padre.

Me quedé inmóvil.

El hombre que usa el nombre de tu padre. Andrés podía no ser Andrés, o podía haber otro hombre utilizando aquel nombre.

La voz continuó: —No eres responsable de lo que ocurra después. Pero sí eres responsable de haber abierto la puerta.

Se escuchó un ruido lejano.

—Cuando lleguen, di que no me conoces. Di que estabas solo. Di que nunca viste la marca. Si obedeces, te dejarán volver a casa.

La respiración de la mujer se volvió rápida. —Si no obedeces, desapareceremos los dos.

Un golpe. Después, un susurro: —Y recuerda esto: la quinta persona no es la que falta. Es la que todos decidieron olvidar.

La grabación terminó.

Marta

Salí de la caseta a la una menos cuarto.

El cielo estaba despejado. La luz de la luna convertía los árboles en figuras inmóviles. El río se escuchaba detrás de la vegetación.

Llamé a Marta. Esta vez contestó. —¿Dónde está? —preguntó.

—En una caseta junto al río.

—¿Ha encontrado el vestido?

No respondí.

Marta soltó el aire. —Entonces ya es demasiado tarde.

—¿Quién es Clara Vela?

—No diga ese nombre por teléfono.

—Lo acaba de decir usted.

—Porque quería saber si tenía la grabación.

—¿Qué grabación?

—La de la mujer.

—Clara.

—No la llame así.

—¿Por qué?

—Porque ese no era su nombre real.

El viento hizo crujir las ramas sobre mi cabeza. —¿Quién era?

—No lo sé.

—Pero la conocía.

—La vi una vez.

—En la noche del accidente.

—No.

—En la nave.

Marta guardó silencio.

—Usted aparece en los documentos —dije—. Su nombre está junto al de David y Álvaro.

—Yo no estuve allí.

—¿Quién era el cuarto muchacho?

—No lo sé.

—¿Y el quinto?

Marta tardó tanto en responder que pensé que había colgado. —El quinto no era una persona.

No comprendí la respuesta.

—¿Qué significa eso?

—Era una identidad.

—Necesito que me explique.

—David no tenía un padre llamado Andrés.

—Ya lo sé.

—No. No lo sabe. La voz de Marta temblaba.

—David tenía un padre llamado Nicolás. Andrés murió en 2009.

La información me dejó sin palabras. —¿Qué está diciendo?

—Estoy diciendo que el hombre al que David llamaba padre no era su padre.

—¿Quién era entonces?

—El hombre que ayudó a que Clara desapareciera.

—¿Y David lo sabía?

—David lo descubrió años después.

—¿Por qué no lo denunció?

—Porque no sabía si quería salvar a su madre o destruirla.

La llamada se interrumpió. No por falta de cobertura. Esta vez, el teléfono mostró que la comunicación había sido finalizada desde el otro lado.

El archivo de 2009

Regresé a Abarán antes del amanecer.

No fui al hotel. Fui directamente al archivo municipal.

La funcionaria de las gafas con cadena no había llegado todavía. La puerta lateral estaba abierta. Alguien había dejado una caja junto a la entrada.

La caja llevaba mi nombre. No completo. Solo una inicial. L.

La llevé al interior.

Dentro había cinco carpetas, todas con el mismo símbolo.

La primera contenía los informes del accidente.

La segunda, documentos sobre Clara Vela.

La tercera, información sobre Nicolás.

La cuarta estaba vacía.

La quinta contenía una carta. La abrí. No busque a David en los lugares donde estuvo. Búsquelo en las personas que cambiaron después de que desapareciera Clara.

Elena dejó de utilizar su apellido, Álvaro abandonó la empresa, Marta dejó Abarán, Tomás dejó de enseñar historia, Nicolás cambió de nombre, David aprendió a obedecer, yo aprendí a esperar.

La carta no tenía firma.

En la última página aparecía una dirección.

Una vivienda en el centro de Abarán.

La casa donde Elena había vivido con David durante toda su infancia.

Pero al lado de la dirección había un detalle que no había visto antes: Habitación 3. Sótano.

Elena nunca había mencionado que la casa tuviera sótano.

La mujer que esperaba. Me dirigí allí cuando amanecía.

La casa estaba cerrada. Las persianas permanecían bajadas y la puerta principal tenía dos cerraduras.

Rodeé el edificio, en la parte trasera había una entrada pequeña, cubierta por un toldo. La cerradura estaba abierta.

No tuve que forzarla.

Bajé por una escalera estrecha.

El sótano olía a papel y a humedad.

Había tres puertas. La primera estaba vacía, la segunda contenía cajas de ropa, la tercera tenía un número escrito sobre la madera: 3

Abrí.

La habitación era pequeña y no tenía ventanas.

En el centro había una silla, sobre la silla, una grabadora.

La activé.

La voz de David llenó el espacio. —Si estás escuchando esto, probablemente ya has hablado con Marta.

Hice una pausa.

—Marta te dirá que nuestro padre murió. No le creas. Te dirá que Andrés no era quien decía ser. Eso sí es verdad.

La grabación continuó. —Mi padre se llamaba Nicolás. Murió la noche del accidente. El hombre que volvió a casa con mi madre se llamaba Andrés Belmonte.

Me apoyé en la pared.

—No sé qué ocurrió con Nicolás. Nadie me lo dijo. Durante años pensé que mi padre se había marchado. Después encontré una fotografía y entendí que la persona que yo llamaba padre había llevado otro nombre.

La voz de David se volvió más baja. —Clara no era una desconocida. Era la hija de Nicolás.

La revelación me golpeó con una fuerza inesperada.

Clara Vela era hermana de David. O, al menos, había compartido con él un padre.

—Ella vino a Abarán para encontrar a su padre. No sabía que estaba muerto. No sabía que su muerte había sido ocultada. No sabía que mi madre y Andrés habían construido una historia nueva sobre todo lo ocurrido.

David respiró profundamente. —Yo la ayudé porque quería conocer la verdad. Pero cuando encontramos la caja, Clara entendió que no solo había una mentira. Había varias.

La grabación se distorsionó.

—La caja contenía fotografías de Nicolás. Pruebas de que Andrés había utilizado su identidad. Y una grabación de la noche en que murió.

Un ruido fuerte.

—Clara quería entregarlo todo. Mi madre quería quemarlo. Andrés quería recuperarlo. Álvaro quería que desapareciéramos.

La voz se cortó durante varios segundos.

Después, David dijo: —Y Marta sabía dónde estaba la salida.

La grabación terminó.

No había mencionado quién empujó a Clara.

Pero ya no podía apartar una idea: Marta no era una testigo secundaria.

Marta había estado allí.

La última frase

Sobre la grabadora había un papel. Esta vez la letra no era de David. Ahora ya sabe quién era el quinto.

El quinto era el nombre que todos utilizaron para ocultar a Nicolás.

Pero todavía no sabe quién empujó a Clara.

Debajo aparecía otra frase: Pregunte a Elena qué hizo con las manos después de la caída.

Subí del sótano cuando el sol comenzaba a iluminar las fachadas.

El teléfono recuperó la cobertura. Entraron siete mensajes al mismo tiempo.

Seis eran alertas y correos.

El séptimo provenía de un número desconocido.

No vuelva a buscar a David.

Ya ha encontrado a Clara.

En ese instante llegó otro mensaje. Una fotografía.

David aparecía de pie junto al río.

Llevaba la misma chaqueta militar de la imagen antigua.

Pero la fotografía no era de 2009.

Al fondo aparecía una fecha pintada sobre un muro: 17-09-2026.

La fecha del día anterior.

David estaba vivo.

Y alguien acababa de demostrarme que podía fotografiarlo.

Documento promocional - Prohibida su venta o distribución

Capítulo 7

La fotografía imposible

La fotografía llegó a mi teléfono a las 6:42 de la mañana.

La fecha escrita en el muro indicaba el día anterior.

17-09-2026.

David aparecía junto al río, de pie y mirando hacia la cámara. La imagen era borrosa, pero no lo suficiente para confundirlo con otra persona. Conservaba la misma forma de inclinar la cabeza, la misma expresión contenida y la misma chaqueta militar que llevaba en la fotografía de 2009.

No parecía una imagen antigua.

El cielo tenía el tono pálido de las primeras horas del día. La vegetación estaba húmeda. En la parte inferior se distinguían unas piedras cubiertas de barro reciente.

David estaba vivo. O alguien quería que yo creyera que lo estaba.

Amplí la fotografía. En el muro, detrás de él, aparecía la fecha. Debajo había otra marca: la cruz atravesada por una línea.

La primera costura.

Guardé una copia en el ordenador y envié otra a una dirección de correo que no utilizaba habitualmente. Después hice una captura de los datos del archivo.

La imagen había sido creada a las 5:58.

El teléfono que la había recibido no mostraba ninguna hora de envío.

Eso significaba que alguien había manipulado el archivo o que el sistema había eliminado los metadatos.

No era una fotografía espontánea.

Era una prueba.

La pregunta era de qué.

El regreso al río

Volví al lugar donde habían tomado la imagen.

No fui directamente. Antes detuve el coche en una gasolinera y compré una botella de agua, una tarjeta de memoria y una camiseta limpia. Llevaba más de veinticuatro horas sin dormir, pero la fatiga había empezado a convertirse en una forma de claridad.

En casos normales, el cansancio desordena los hechos. En aquel caso los estaba separando.

Elena había mentido sobre la noche del accidente, Marta había mentido sobre su presencia, Álvaro había negado una declaración que alguien había destruido, Valcárcel protegía información que no constaba en el expediente Y David había dejado instrucciones para desconfiar de todos, incluido él mismo.

La fotografía podía ser un anzuelo. Pero un anzuelo también demuestra que alguien está observando el agua.

Aparqué cerca del camino de la huerta y continué a pie. El río bajaba con fuerza, oculto en algunos tramos por la vegetación. A lo lejos se escuchaba el crujido de una noria.

La fotografía se había tomado junto a un muro de piedra situado detrás de una antigua acequia. Reconocí el lugar por una grieta que aparecía a la izquierda de la imagen.

El muro estaba allí. La fecha también. Pero había algo más. Una mancha oscura sobre el suelo.

Me agaché, no era sangre. Era barro mezclado con restos de pintura roja. Alguien había dibujado la marca sobre el muro recientemente y después había intentado borrarla.

Encontré una huella de zapato junto a la piedra, talla aproximada: cuarenta y dos.

El dibujo de la suela estaba muy marcado.

Conservé una fotografía antes de que el sol secara el barro.

Después vi el segundo detalle.

En la imagen que había recibido, David tenía la mano derecha cerrada. No parecía una postura natural.

Aumenté el contraste, entre sus dedos asomaba una pequeña pieza metálica.

Una llave. La misma clase de llave que yo había encontrado en la nave.

En el cuello llevaba algo que no había visto antes: una fina línea roja.

No era un hilo anudado. Era una marca en la piel.

El mensaje oculto

La fotografía no solo contenía la imagen de David.

También ocultaba un archivo.

Lo descubrí al revisar el tamaño del documento. Pesaba demasiado para una fotografía comprimida enviada por mensajería.

Utilicé una herramienta de extracción de datos y encontré un archivo de texto incrustado.

Solo contenía una línea: **La habitación de David no era la tercera.**

Recordé el sótano de la casa de Elena. Tres puertas. La habitación numerada con un tres.

El mensaje podía significar que había una segunda habitación oculta.

Regresé a la casa.

La puerta principal seguía cerrada, pero la entrada trasera continuaba sin seguro. Bajé al sótano y revisé las paredes.

La habitación número tres estaba vacía salvo por la silla y la grabadora. No había más puertas visibles.

Golpeé los muros.

El sonido cambió detrás de una estantería. La aparté. En la pared aparecía una junta vertical. Una puerta camuflada. No tenía pomo, solo una hendidura estrecha.

Introduje la llave marcada con el número 17.

La puerta se abrió.

Al otro lado había una habitación mucho más pequeña. No parecía un espacio de almacenamiento. Parecía una sala de vigilancia.

Había dos monitores antiguos, una mesa, varios cables y una pared cubierta de fotografías. Algunas mostraban a David de niño. Otras, a Elena.

También había imágenes de Marta, Sergio, Laura y Tomás.

Ninguna parecía tomada de cerca. Todas estaban hechas desde cierta distancia, como si alguien hubiera seguido a la familia durante años.

En el centro de la pared se encontraba una fotografía distinta.

Era de Nicolás. No aparecía solo. A su lado estaba Clara, los dos miraban hacia la cámara.

En el reverso alguien había escrito: **Padre e hija. Antes de que la historia los separara.**

Junto a la fotografía había un documento. Era una copia de una inscripción de nacimiento. El nombre del padre aparecía parcialmente cubierto con tinta.

Pero aún podía leerse una parte: **Nicolás V...**

Vela. Nicolás Vela.

Clara Vela no era hija de Nicolás, era hija de un hombre cuya identidad había sido sustituida.

La historia familiar de David se había construido sobre dos nombres falsos.

La habitación de David

En una de las pantallas había una carpeta de vídeo.

La mayoría de los archivos estaban fechados entre 2015 y 2026. Algunas grabaciones mostraban el exterior de la casa. Otras, el camino del río.

La última se había creado dos días antes de la desaparición.

La abrí.

David aparecía en la habitación que yo había visitado.

Estaba sentado frente a la cámara. —Si alguien encuentra esta sala, ya no puedo seguir ocultándolo —dijo.

Miró hacia un lado, como si hubiera alguien más con él.

—La habitación de David no es donde dormía. Es donde me vigilaban.

La imagen se estremeció.

—Mi madre sabe que existe. Marta también. Tomás la utilizó durante años. Valcárcel la encontró después de que desapareciera Clara.

David se inclinó hacia la cámara.

—Pero ninguno sabe quién la construyó.

Detrás de él había una pared cubierta con fotografías.

—La persona que instaló las cámaras no quería observarnos. Quería enseñarnos a tener miedo.

La grabación se cortó. La pantalla quedó negra. Un segundo después apareció un texto: **Mira debajo de la mesa.**

Me agaché. Bajo la mesa había una caja de metal fijada al suelo.

No tenía cerradura. La tapa se levantó con facilidad. Dentro había una libreta y una llave diferente. La libreta estaba escrita por Marta.

El diario de Marta

Las primeras páginas contenían anotaciones breves. “Mamá dice que David no debe volver a preguntar.” “Álvaro ha vuelto a la nave.” “Tomás sabe dónde está la grabación.” “Andrés se llama Nicolás cuando cree que nadie escucha.” Después aparecía la fecha del accidente. **17 de octubre de 2009.**

La anotación ocupaba dos páginas.

“Clara llegó antes que nosotros. David la esperaba junto a la acequia. Yo no quería ir, pero él dijo que teníamos que ayudarla.” “La caja estaba en la nave.” “Nicolás apareció con Álvaro.” “Clara gritó cuando lo vio.” “David se puso delante de ella.” “Yo me quedé junto a la puerta.”

Pasé la página.

La siguiente frase había sido escrita con una presión tan fuerte que casi había atravesado el papel.

“No fue una caída.”

Debajo: “Clara retrocedió. Alguien la sujetó. Yo vi la mano.” “La mano llevaba el hilo.”

“David gritó.” “Después todos dijeron que Clara había resbalado.”

La anotación terminaba ahí.

Las páginas siguientes habían sido arrancadas. Solo quedaba una esquina de papel. En ella aparecían cuatro letras: **E L E N**

Elena.

La mano que sujetó a Clara podía haber sido la de Elena.

El hombre de la pulsera roja

Escuché un ruido arriba. Un golpe leve. Después, el sonido de una puerta cerrándose.

Guardé la libreta bajo la chaqueta y apagué la luz de la habitación.

La puerta del sótano se abrió. Alguien bajó por las escaleras. Sus pasos eran tranquilos.

No intentaba ocultarse. Se detuvo frente a la habitación número tres. —No debería estar aquí —dijo.

Era el hombre de la pulsera roja. Lo había visto junto a la comisaría.

—Tampoco debería haber encontrado esta sala —respondí.

—Eso es distinto.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Nicolás.

El nombre resonó dentro del sótano.

Nicolás. No Andrés.

—¿Nicolás? —pregunté.

—Ese nombre ya no existe.

—¿Es el padre de David?

—No.

—¿Es el padre de Clara?

El hombre bajó la mirada.

—Tampoco.

—Entonces, ¿quién es?

—La persona que les enseñó a todos a utilizar el nombre de otro.

—¿Usted mató a Clara?

Su rostro no mostró sorpresa.

—No.

—¿La empujó Elena?

—No.

—¿Fue Álvaro?

—No.

—¿Fue David?

—David no tenía fuerza para hacerlo.

—Marta escribió que vio una mano con el hilo.

—Marta vio una mano. No vio a quién pertenecía.

—¿A quién pertenecía?

El hombre dio un paso hacia mí. —A la persona que todavía cree que puede recuperar lo que perdió.

—¿Clara está viva?

No contestó.

—La fotografía de David es reciente. ¿Dónde está?

—No debe encontrarlo todavía.

—¿Por qué?

—Porque David no quiere ser encontrado.

—Entonces, ¿por qué me envía pruebas?

—No se las envía David.

La frase me dejó en silencio.

—¿Quién las envía?

El hombre observó la pared llena de fotografías.

—La misma persona que envió la primera caja.

—¿Quién?

—Elena.

Sentí que la respuesta encajaba demasiado bien. Elena había entregado el expediente.

Elena había mantenido la habitación oculta. Elena conocía la existencia de Clara.

Pero si era ella quien enviaba las pruebas, no lo hacía para descubrir la verdad.

Lo hacía para dirigir la investigación. —¿Qué quiere Elena? —pregunté.

—Que encuentre a David.

—¿Por qué?

—Porque solo él puede decir lo que ocurrió después de la caída.

—¿Qué ocurrió?

El hombre señaló la fotografía reciente. —David no desapareció esa noche.

—¿Entonces cuándo?

—Siete años después.

El vídeo de 2016

El hombre sacó una tarjeta de memoria del bolsillo.

—Esto se grabó el 18 de octubre de 2016.

—¿Qué ocurrió entonces?

—David volvió a la nave.

—¿Por qué?

—Porque encontró a Clara. Me entregó la tarjeta.

—¿Está viva?

—Estaba viva.

—¿Y ahora?

—Eso depende de lo que David haya decidido contarle.

Introduje la tarjeta en el ordenador de la sala. Apareció un solo archivo.

La imagen mostraba la nave Belmonte. El vídeo estaba grabado desde un ángulo elevado, como si una cámara hubiera sido instalada en una esquina.

David entró en la habitación. Tenía veinticuatro años, llevaba una mochila negra.

Frente a él estaba Clara. La mujer del vestido claro.

Parecía más mayor que en las fotografías, pero era la misma persona.

David se acercó. —Pensé que estabas muerta.

Clara sonrió. —Eso fue lo que te dijeron.

—¿Quién?

—Tu madre.

David miró hacia la cámara. —¿Por qué has vuelto?

—Porque todavía tienes la caja.

—No la tengo.

—La tienes tú o la tiene ella.

—¿Qué quieres?

Clara se acercó a la mesa. —Quiero que recuerdes.

—Recuerdo suficiente.

—No. Recuerdas lo que te permitieron recordar.

Clara abrió la mochila de David. Dentro había un cuaderno, una grabadora y una fotografía.

La colocó sobre la mesa. Era la misma fotografía de los cuatro adolescentes. Pero en esa copia no habían recortado a los otros muchachos.

Aparecían David, Marta y un tercer joven. El cuarto espacio estaba ocupado por una persona adulta. La imagen estaba borrosa, pero reconocí la chaqueta.

Era la de Elena.

Clara dijo: —Tu madre estaba allí.

David retrocedió. —Eso no es posible.

—Claro que es posible.

—Ella llegó después.

—Eso es lo que te ordenó decir.

—¿Quién te ha dado esa fotografía? —Tu hermana.

David la miró con rabia.

—Marta no estuvo.

—Marta estuvo antes que tú.

El vídeo terminó justo cuando Clara levantaba la mano hacia la cámara. Llevaba un hilo rojo alrededor de la muñeca.

La última llamada

El hombre de la pulsera roja seguía junto a la puerta.

—¿Dónde está David? —pregunté. —En un lugar donde no puede ser obligado a obedecer.

—¿Y Clara?

—También.

—¿Están juntos?

—No.

—¿Quién los retiene?

—Nadie.

—Eso no tiene sentido.

—En Thornveil, las personas no necesitan estar encerradas para permanecer ocultas.

El teléfono del hombre vibró.

Lo miró y frunció el ceño.

—Ya sabe que está aquí.

—¿Quién?

No contestó. En la pantalla apareció una fotografía. La reconocí de inmediato.

Era yo, entrando en la casa de Elena esa misma mañana. La imagen había sido tomada desde el otro lado de la calle.

Debajo aparecía un mensaje: **Dile que la habitación ya no está vacía.**

El hombre levantó la mirada. —Tenemos que salir.

—¿Por qué?

—Porque ella viene.

—¿Elena?

El hombre negó con la cabeza. —Clara.

Entonces escuchamos un golpe en la planta superior. Después otro. Alguien estaba entrando en la casa.

El hombre apagó el ordenador y abrió una puerta oculta detrás de la estantería.

—Por aquí.

—No voy a irme sin respuestas.

—Si se queda, tendrá una respuesta. Pero no podrá publicarla.

—¿Qué quiere decir?

El hombre me miró por última vez. —La persona que empujó a Clara acaba de encontrarle.

La puerta de arriba se abrió. Una voz femenina pronunció mi nombre. No era la voz de Elena.

Era la voz de Clara. —Salga, periodista.

La reconocí por la grabación. La mujer del vestido claro estaba en la casa. Y sabía exactamente dónde encontrarme.

El hombre de la pulsera roja desapareció por el pasadizo.

Yo permanecí inmóvil frente a la puerta oculta.

Al otro lado de las escaleras, Clara volvió a hablar: —Si quiere saber qué ocurrió aquella noche, tendrá que preguntarle a la persona que David protegió.

Di un paso hacia la salida.

Entonces añadió: —Y esa persona no es Elena.

Capítulo 8

La mujer del vestido claro

Clara pronunció mi nombre desde la planta superior.

No lo dijo con rabia. Tampoco con miedo. Lo dijo como si llevara años practicándolo.

—Salga, periodista.

El hombre de la pulsera roja había desaparecido por el pasadizo. Su silueta se perdió detrás de la puerta oculta y, un segundo después, escuché el sonido de un cierre metálico.

Me había dejado solo. O me había dejado atrás.

La habitación secreta no tenía otra salida visible. La escalera conducía al sótano y, más allá, a la casa. La voz de Clara volvió a sonar.

—Sé que está ahí.

Miré las fotografías de la pared.

David de niño. David junto al río. Elena entrando en la nave. Marta frente a la casa. Clara, tomada desde lejos, seis meses antes de que todos la dieran por desaparecida.

Había una fotografía que no había visto antes.

La imagen mostraba a una mujer frente a la puerta de la casa. Llevaba un vestido claro y sostenía una caja contra el pecho.

La fecha estaba escrita en la esquina: 18 de octubre de 2009. El día posterior al accidente.

La mujer no era Clara. Era Elena.

La reconocí por la forma de los hombros y por el cabello recogido. También llevaba algo en la muñeca. Un hilo rojo.

La puerta de la habitación comenzó a abrirse. No tenía tiempo de seguir buscando. Salí al sótano y subí los primeros escalones.

Clara estaba al final de la escalera.

Era más alta de lo que había imaginado. Llevaba un abrigo oscuro sobre un vestido claro, casi blanco, y el pelo recogido de la misma manera que en las fotografías antiguas.

Su rostro había envejecido, pero conservaba una expresión difícil de olvidar: la mirada de alguien que ha pasado demasiado tiempo observando cómo los demás construyen una mentira.

No parecía una mujer que hubiera escapado. Parecía una mujer que había esperado.

—Usted es Clara Vela —dije.

—Ese nombre ya no me pertenece.

—¿Cómo quiere que la llame?

—No importa.

—Para mí sí.

—Eso es lo que dicen todos antes de utilizar un nombre.

Subí otro escalón. —¿David está vivo?

Clara me miró sin responder.

—Me ha enviado una fotografía suya.

—No.

—La he recibido en mi teléfono.

—No se la envié yo.

—Pero sabía que la recibiría.

—Sabía que alguien la recibiría.

—¿Quién?

Clara bajó lentamente la mirada hacia mi chaqueta.

—La pregunta no es quién le envió la fotografía. La pregunta es quién quería que usted la viera.

La versión de Clara

Entramos en el salón.

La casa estaba en silencio. Las persianas continuaban cerradas y la luz de la mañana apenas atravesaba los bordes de las ventanas.

Clara se sentó junto a la mesa. No me ofreció café ni agua. Tampoco parecía preocupada porque yo pudiera marcharme o llamar a la policía.

—¿Cuánto tiempo lleva escondida? —pregunté.

—No estoy escondida.

—Todo el mundo cree que desapareció en 2009.

—Todo el mundo no. Algunas personas saben que sigo viva.

—¿Elena? Clara no contestó.

—¿Marta?

—Marta sabe que no morí.

—¿David?

—David sabe más de lo que debería.

—¿Dónde está?

Clara me observó durante unos segundos. —¿Por qué quiere encontrarlo?

—Porque está desaparecido.

—Eso no responde.

—Soy periodista.

—Los periodistas no buscan personas. Buscan historias.

—David es una persona.

—Lo era.

La respuesta me incomodó. —¿Está muerto?

—No lo sé.

—¿No lo sabe? —La última vez que lo vi, estaba vivo.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace seis días.

La fecha coincidía con la noche en que David había desaparecido.

—¿Dónde?

—En la nave.

—¿Quién más estaba allí?

—Él y yo.

—¿Y Elena?

—No.

—¿Nicolás?

Clara apretó los labios. —No utilice ese nombre como si supiera a quién pertenece.

—Me han dicho que el hombre que todos llamaban Andrés no era el padre de David.

—No lo era.

—¿Quién era?

—Un hombre que había aprendido a llevar la vida de otro.

—¿El hombre de la pulsera roja?

Clara negó con la cabeza. —Ese hombre solo lleva los nombres que los demás le entregan.

—¿Cómo se llama?

—Nadie lo sabe con certeza.

—Usted sí.

—Sí.

—¿Me lo dirá?

—No todavía.

Aquella respuesta me pareció calculada. —¿Qué ocurrió con usted después del accidente?

Clara miró hacia la ventana. —No hubo accidente.

—Eso ya me lo han dicho.

—No. Le han dicho que no fue una caída. No es lo mismo.

—¿Qué ocurrió?

—Me empujaron.

—¿Quién?

—Elena.

La palabra quedó suspendida entre nosotros. No era una sospecha. No era una insinuación. Era una acusación directa.

La caída

Clara habló sin levantar la voz.

—Elena llegó a la nave cuando nosotros ya estábamos allí. David había encontrado la caja y quería entregármela. Marta estaba junto a la puerta. Álvaro había salido unos minutos antes.

—¿Y Nicolás? —Todavía no utilizaban ese nombre.

—¿Quién era el hombre que estaba con Elena?

—El que luego se llamó Andrés.

—¿Por qué llegó Elena?

—Para recuperar la caja.

—¿Qué contenía?

—La prueba de que habían falsificado la historia de Nicolás.

—¿Nicolás había muerto?

—Sí.

—¿Cómo?

—Eso es lo que David intentaba descubrir.

Clara se inclinó hacia la mesa. —Nicolás no murió en un accidente. Lo mataron.

—¿Quién?

—Elena no lo hizo.

—Acaba de decirme que ella la empujó.

—Una persona puede hacer una cosa y no hacer otra.

—¿Quién mató a Nicolás?

Clara apartó la vista. —El hombre que utilizó su nombre.

—¿Andrés?

—No existía ningún Andrés.

—¿Entonces quién era?

—Alguien que continúa vivo.

La respuesta no resolvía nada. Solo trasladaba el misterio a otra persona. —¿Qué pasó en la nave?

—Elena me pidió la caja. Le dije que no la tenía.

—¿La tenía David?

—La había escondido.

—¿Dónde?

—En la casa.

—¿En el sótano?

—En una habitación que solo Marta conocía.

Recordé la sala secreta. —La habitación de vigilancia.

Clara asintió. —No era una sala de vigilancia al principio. Era un lugar donde Nicolás guardaba documentos. Después la convirtieron en otra cosa.

—¿Quién la convirtió?

—Elena.

—¿Para vigilar a David?

—Para vigilar a todos.

Clara guardó silencio unos segundos.

—Cuando Elena comprendió que David había encontrado la caja, se abalanzó sobre mí. No quería matarme. Quería asustarme. Pero yo retrocedí hasta la puerta.

—¿Y entonces?

—Entonces apareció el hombre que ustedes llaman Andrés.

—¿Qué hizo?

—Me sujetó.

—¿Y Elena?

—Elena me empujó.

La frase fue tan sencilla que me resultó más difícil asimilarla. —¿Desde dónde cayó?

—Desde la pasarela trasera de la nave. No era una gran altura, pero debajo había una zona de piedra y metal.

—¿Quedó herida?

—Sí.

—¿Por qué no murió?

—Porque alguien me encontró antes que ellos.

—¿Quién?

Clara pasó un dedo por la mesa. —La persona que todos han olvidado.

—¿El quinto?

—No.

—¿El sexto?

—Tampoco.

—Entonces, ¿quién?

Clara me miró. —La persona que David protegió.

La persona protegida

Recordé la grabación de Marta.

“No fue una caída.” “La mano llevaba el hilo.” “David gritó.” “Después todos dijeron que Clara había resbalado.”

—Marta vio la mano —dije—. Vio quién la sujetó.

—Marta vio a Elena.

—¿Por qué no lo dijo?

—Porque Elena le dio una opción.

—¿Qué opción?

—Proteger a David o decir la verdad.

—¿Y Marta eligió protegerlo?

—Marta siempre ha creído que proteger a alguien significa decidir qué puede saber.

—Eso no es protección.

—Es la forma en que algunas familias sobreviven.

Me levanté y comencé a caminar por el salón. —David no desapareció por investigar el accidente.

—No.

—Desapareció porque descubrió que su madre empujó a Clara.

—Tampoco.

—¿Por qué, entonces?

Clara sacó una fotografía del bolsillo del abrigo. La dejó sobre la mesa. Era una imagen reciente de David. La misma chaqueta. El mismo río. La mano cerrada alrededor de una llave. Pero esta vez el encuadre era más amplio.

Al fondo, casi oculto entre los árboles, había una segunda persona. Una mujer.

—David no estaba solo cuando desapareció —dijo Clara.

—¿Quién estaba con él?

—La persona que llevaba diecisiete años esperando que recordara.

—¿Marta?

—No.

—¿Elena?

—Tampoco.

—¿Usted?

—Yo estaba allí antes.

—¿Quién era?

Clara dio la vuelta a la fotografía. En el reverso aparecía un nombre: Nicolás Vela.

—Mi padre —dijo. Nicolás Vela

La información no encajaba.

Clara había afirmado que su padre era Nicolás. En los documentos aparecía como Nicolás. Después había surgido la posibilidad de que el hombre llamado Andrés utilizara una identidad falsa.

Ahora aparecía un tercer nombre.

—¿Su padre no era Nicolás?

—No.

—¿Por qué aparece ese nombre en los registros?

—Porque alguien necesitaba que desapareciera el apellido Vela.

—¿Por qué?

—Porque Nicolás Vela fue quien descubrió la red de falsificaciones.

—¿Qué falsificaciones?

—Documentos de propiedad. Declaraciones. Identidades. Testimonios. Durante años, ciertas personas utilizaron nombres de muertos para construir vidas nuevas.

—¿Y qué relación tenía eso con Abarán?

—La tierra.

Clara señaló hacia la ventana. —Las huertas, las acequias, los derechos de agua. Todo pasa por los documentos. Si cambias un nombre, cambias una propiedad. Si eliminas una firma, una familia puede quedarse sin nada.

—¿Nicolás estaba investigándolo?

—Nicolás trabajaba con los archivos de varias propiedades. Descubrió que la empresa Belmonte había utilizado documentos falsos durante años.

—¿Álvaro estaba implicado?

—Álvaro era una pieza intermedia.

—¿Y Elena?

Clara cerró los ojos. —Elena no empezó como una cómplice. Al principio solo quería proteger a David.

—¿De qué?

—De la verdad.

—¿Qué verdad?

—Que su padre había muerto por culpa de las personas a las que ella había decidido obedecer.

El nombre de Andrés

—Quiero saber quién era Andrés —dijo.

—No era un hombre.

—¿Otra identidad?

—Era un apellido.

—¿Qué significa eso?

—Un apellido utilizado para borrar otro.

Clara sacó una segunda fotografía.

En ella aparecían dos hombres frente a la nave. Uno era el hombre que yo había visto en las fotografías familiares. El otro era más joven.

En el reverso estaban escritos dos nombres: Andrés Belmonte. Nicolás Vela.

—Eran hermanos —dijo Clara.

—¿Andrés y Nicolás?

—Hermanastros.

—¿Y uno mató al otro?

—No.

—Entonces, ¿qué ocurrió?

—Andrés murió antes.

—¿Cuándo?

—En 2007.

—¿Y el hombre que utilizó su nombre?

—Era Nicolás.

La historia se volvía cada vez más difícil de seguir.

—¿Nicolás fingió ser Andrés?

—Después de matar a alguien.

—¿A quién?

—A su propio padre.

Clara guardó las fotografías.

—Nicolás Vela no era el padre de David. Era el hombre que todos llamaron Andrés. El padre biológico de David murió en 2009. Elena utilizó el apellido Ferrer para ocultarlo.

—¿Quién era el verdadero padre de David?

—Álvaro Carrelón.

El apellido me resultaba familiar por los documentos.

—¿Álvaro Belmonte y Álvaro Carrelón eran la misma persona?

Clara asintió.

—Álvaro Ferrer era el nombre que utilizaba antes de entrar en la familia Belmonte.

La historia de David se había construido sobre una cadena de identidades falsas.

Cada nombre protegía al anterior. Cada mentira dejaba una costura.

Lo que David quería

—¿Por qué David no contó todo esto? —pregunté.

—Porque no sabía toda la verdad.

—La investigó durante años.

—Investigar no significa comprender.

Clara sacó una pequeña grabadora del bolsillo. —Escuche esto. Pulsó el botón.

La voz de David apareció con un tono apagado.

—No sé si Clara dice la verdad.

La grabación era reciente.

—No sé si mi madre me protegió o me utilizó. No sé si Marta recuerda lo mismo que yo. No sé si el hombre que se llama Andrés murió o sigue vivo.

Una pausa.

—Pero sí sé una cosa.

El sonido de la respiración se acercó al micrófono.

—La persona que empujó a Clara no fue la que la hizo desaparecer.

Clara apagó la grabadora.

—¿Qué significa? —pregunté.

—Que hay dos responsables.

—¿Quién empujó a Clara?

—Elena.

—¿Quién la hizo desaparecer?

—David.

La acusación me pareció absurda.

—¿David la hizo desaparecer?

—David la escondió.

—Para protegerla.

—Para protegerse a sí mismo.

—¿De qué?

Clara apartó la mirada. —De la verdad que Clara llevaba en la caja.

La caja perdida

—¿Qué había dentro? —pregunté.

Clara me miró durante un largo instante.

—Una grabación de Nicolás Vela confesando el asesinato de Andrés Belmonte.

El dato me dejó inmóvil.

—¿Nicolás mató a Andrés?

—Sí.

—¿Y después utilizó su nombre?

—Durante años.

—¿Por qué confesó?

—Porque quería entregar la confesión a la policía.

—¿Qué se lo impidió?

—Elena.

—¿Cómo?

—Le quitó la grabación y la utilizó para chantajearlo.

—¿A quién?

—A todos.

—¿Y Clara encontró esa grabación?

—Clara era la hija de Nicolás. Llegó a Abarán para descubrir qué había ocurrido con su padre.

—¿David la ayudó?

—Al principio.

—¿Y luego?

—Luego entendió que, si la confesión salía a la luz, su madre iría a prisión y él perdería todo lo que conocía.

—Así que la escondió.

—Sí.

—¿Dónde?

Clara se levantó. —Eso solo lo sabe David.

—¿Y usted quiere encontrarla?

—Quiero destruirla.

—¿Por qué?

—Porque mientras exista, alguien seguirá intentando recuperar la verdad. Y cada vez que alguien la busque, otra persona desaparecerá.

—¿Incluido David?

Clara no contestó.

La prueba final

La puerta principal de la casa se cerró con un golpe.

Clara volvió la cabeza.

—Ya está aquí.

—¿Quién?

—Elena.

—¿Por qué viene?

—Porque sabe que le he contado la verdad.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque ella fue quien me envió a buscarle.

No comprendí.

—¿Elena la envió?

—Sí.

—¿Para qué?

—Para que usted encontrara la habitación.

—¿Por qué querría que descubriera todo esto?

Clara se acercó a la ventana y levantó apenas la persiana. En la calle había un coche negro. Elena descendió del asiento del copiloto. A su lado apareció el hombre que todos conocían como Andrés.

Estaba vivo.

—No vino a recuperar la caja —dijo Clara.

—¿Qué quiere?

—Quiere que usted publique una versión concreta.

—¿Cuál?

Clara me entregó una última fotografía. En ella aparecía Elena, junto a la noria, la noche de la desaparición de David. No estaba sola. A su lado se encontraba David. Y entre ambos había una tercera persona. Una mujer de vestido claro. Clara.

La fecha de la fotografía era la noche del 17 de septiembre de 2026.

La noche anterior. En el reverso había una frase escrita por David: Si Clara aparece, significa que mi madre ya ha elegido a quién sacrificar.

—¿A quién va a sacrificar? —pregunté.

Clara miró hacia la puerta. —A usted.

Elena llamó desde el otro lado.

—Sé que estás dentro, Clara.

Nadie respondió.

—Y sé que el periodista también está ahí.

Clara se acercó a mí y bajó la voz. —Escuche con atención. Cuando Elena entre, no pregunte por David.

—¿Por qué?

—Porque quiere que lo haga.

—¿Qué debo preguntar?

Clara me puso algo en la mano. Era una llave. No la número 17. Esta llevaba grabado otro número: 06.

—Pregunte por la habitación seis.

—¿Dónde está?

—En el lugar donde David desapareció por segunda vez.

—¿Dónde?

Clara abrió la puerta del sótano. —En la casa de su padre.

—¿Dónde vive?

—No vive en ninguna casa.

Elena golpeó la puerta principal.

—Clara, abre.

Clara me miró. —David no está desaparecido.

—¿Entonces?

—Está esperando que alguien encuentre la habitación seis.

—¿Qué hay allí?

Clara sonrió por primera vez. No fue una sonrisa amable. —La confesión de la persona que empujó a Nicolás.

La puerta principal comenzó a abrirse.

Clara se deslizó hacia el pasadizo secreto.

—¿Va a huir?

—No.

—¿Qué hará?

—Voy a dejar que Elena crea que ha ganado.

—¿Y yo?

—Usted hará lo que hacen todos los periodistas cuando por fin encuentran la verdad.

—¿Qué?

Clara desapareció en la oscuridad. Su voz llegó desde el otro lado del muro: —Descubrir que la verdad también sabe mentir.

Documento promocional - Prohibida su venta o distribución

Capítulo 9

La habitación seis

La puerta principal se abrió antes de que pudiera decidir si seguir a Clara o esconderme.

Elena entró sola.

Llevaba un abrigo oscuro y el rostro más pálido que la última vez que la había visto. Detrás de ella, a través de la abertura, distinguí al hombre que todos conocían como Andrés.

No entró. Se quedó junto al coche, vigilando la calle.

Elena cerró la puerta con cuidado. —¿Dónde está Clara?

No respondí.

—No tiene sentido protegerla —dijo—. Ella no ha venido a salvarle.

—¿Quién la envió?

—¿Qué quiere decir?

—Clara dice que usted la envió. Elena apretó los labios. —Clara dice muchas cosas.

—¿También dice la verdad?

—La verdad no es una propiedad de Clara.

—¿La empujó?

Elena cerró los ojos durante un instante. —No sabe lo que ocurrió.

—Clara me lo ha contado.

—Clara le ha contado lo que necesita que usted crea.

—¿Que la empujó?

—Que todo empezó conmigo.

—¿No fue así?

Elena no respondió.

La observé mientras avanzaba hacia la mesa. No parecía sorprendida de que yo conociera la habitación secreta. Tampoco de que hubiera hablado con Clara.

Se acercó a una de las fotografías de la pared. La de David junto al río.

—Él siempre quiso que alguien lo encontrara —dijo.

—¿David?

—No. La versión de David que había construido.

—¿Dónde está?

—En un lugar seguro.

—¿Vivo?

—Por ahora.

La respuesta me produjo una mezcla de alivio y desconfianza. —¿Por qué dice “por ahora”?

—Porque la seguridad nunca es permanente.

—¿Quién lo tiene?

—Nadie.

—¿Está solo?

—David nunca ha estado solo.

La acusación de Clara

—Clara asegura que usted la empujó en 2009. Elena apoyó las manos en la mesa. —Clara no cayó por mi culpa.

—¿La sujetó?

—Sí.

—¿La empujó?

—No de la forma que imagina.

—Solo hay una forma de empujar a alguien.

—No. Hay muchas.

—Explíquese.

Elena miró hacia la puerta. —Clara estaba a punto de hacer algo que habría destruido a David.

—¿Entregar la grabación?

—Contarlo todo.

—¿Y eso habría destruido a David?

—Habría destruido su vida.

—¿Qué diferencia hay?

—La vida de un hijo no se sostiene únicamente con la verdad.

—¿Qué le hizo?

—Le dije que se marchara.

—¿Y ella no quiso?

—No.

—Entonces la sujetó.

—La aparté de David.

—¿Y cayó?

—Retrocedió.

—Eso no es lo mismo.

—La memoria tampoco es lo mismo que los hechos.

La frase me recordó a Clara.

En aquella casa, todos utilizaban las mismas palabras con significados distintos.

—Marta escribió que vio su mano —dije.

Elena palideció. —Marta era una niña.

—Tenía quince años.

—Era una niña.

—¿Qué hizo después de la caída?

—Llamé a una ambulancia.

—La noticia dice que un joven resultó herido.

—Eso fue otra persona.

—¿Clara no fue trasladada al hospital?

—No.

—¿Por qué?

Elena apartó la mirada. —Porque ya no respiraba.

El cuerpo que no existió

Durante unos segundos no escuché nada salvo el ruido del tráfico al otro lado de la calle.

—Clara murió —dije.

—Eso creí.

—Pero está viva.

—Sí.

—¿Qué ocurrió?

—Cuando llegó la ambulancia, Clara no estaba donde había caído.

—¿Quién la movió?

—Nicolás.

—¿El hombre que utilizaba el nombre de Andrés?

Elena asintió. —La encontró antes que los sanitarios. Se la llevó.

—¿Por qué?

—Porque pensó que estaba muerta.

—¿Y después?

—Descubrió que no.

—¿Dónde la llevó?

—A la casa de la huerta.

—¿Qué casa?

—La de su padre.

—¿Nicolás Vela?

—Sí.

—¿Y allí la escondió?

—No. La encerró.

Elena parecía cansada.

—Cuando Clara despertó, no recordaba todo. Tenía una lesión en la cabeza y apenas podía hablar. Nicolás creyó que la policía la encontraría. También creyó que ella recordaría que él había matado a Andrés.

—¿Lo había matado?

—Sí.

—Entonces Clara podía denunciarlo.

—Podía hacerlo.

—¿Por qué no lo hizo?

—Porque Nicolás le dijo que, si hablaba, mataría a David.

La verdad se abría en direcciones opuestas.

Todos protegían a alguien. Todos tenían un motivo para callar.

—¿Dónde estaba usted mientras tanto?

—En la nave.

—¿Con David y Marta?

—Sí.

—¿Y Álvaro?

—También.

—¿Qué hicieron?

—Decidimos construir una versión.

—La de la caída accidental.

—La de que Clara nunca había estado allí.

—¿Y el joven herido?

—Era un chico de la zona. Se cayó más tarde, cuando buscaba ayuda.

—¿Utilizaron su accidente para ocultar el de Clara?

—Sí.

—¿Y David aceptó?

—David tenía diecisiete años.

—Pero aceptó.

Elena levantó la mirada.

—No sabía que el silencio podía durar tanto.

La casa de Nicolás

—Quiero saber dónde está la habitación seis.

Elena se quedó inmóvil. —¿Quién le ha hablado de ella?

—Clara.

—Entonces quiere que vaya allí.

—¿Qué hay en la habitación?

—Nada.

—¿Por qué me ha dado esta llave?

Le enseñé la llave marcada con el número seis. Elena no la tocó.

—Porque Clara quiere que encuentre algo.

—¿La confesión de quien empujó a Nicolás?

Elena cerró los ojos. —Clara no sabe quién empujó a Nicolás.

—¿Lo sabe usted?

—Sí.

—¿Quién fue?

Elena no respondió.

—¿Fue Andrés?

—Andrés no existe.

—¿Fue Álvaro?

—Álvaro murió.

—¿Cuándo?

—En 2009.

La afirmación era importante. Álvaro Belmonte no había abandonado Abarán. Había muerto la noche del accidente o poco después.

—¿Cómo?

—Nicolás lo mató.

—¿Por qué?

—Porque Álvaro sabía quién era realmente.

—¿Y Nicolás murió después?

—Sí.

—¿Quién mató a Nicolás?

Elena miró hacia la puerta. —Su hija.

La frase me pareció imposible. —Clara.

—Clara no recuerda haberlo hecho.

—¿Cómo puede no recordarlo?

—Porque David la ayudó a olvidar.

—Eso no tiene sentido.

—David encontró a Clara en la casa de la huerta. Estaba junto al cuerpo de Nicolás. Tenía la grabación en una mano y un cuchillo en la otra.

—¿Clara lo había matado?

—No lo sé.

—¿Quién tenía el cuchillo?

—Clara.

—Entonces...

—No vio lo que ocurrió. Solo llegó después.

—¿Por qué dice que David la ayudó a olvidar?

—Porque la llevó lejos. Cambió su nombre. Le consiguió documentos. Le enseñó a vivir como una mujer muerta.

La historia parecía repetirse.

Clara había desaparecido para sobrevivir. David había desaparecido para protegerla.

Y Elena había manipulado las desapariciones para controlar la verdad.

—¿Dónde está la casa de la huerta? —pregunté.

—Ya no existe.

—¿La destruyeron?

—La destruyó David.

—¿Cuándo?

—Hace diez años.

—Entonces, ¿por qué existe una habitación seis?

Elena me miró. —Porque no está en esa casa.

La habitación de los nombres

Elena sacó un sobre del bolsillo del abrigo. Me lo tendió. Dentro había un mapa de Abarán y una fotografía de un edificio de dos plantas, aparentemente abandonado. La fachada estaba cubierta de enredaderas. En una esquina se distinguía un número metálico: **6**

—¿Qué es?

—Una antigua hospedería.

—¿Dónde?

—En el camino que sale hacia la sierra.

—¿Quién la utilizaba?

—Nicolás.

—¿Y qué hay dentro?

—La memoria de las personas que dejó atrás.

—Eso no responde.

—Encontrará seis habitaciones. La primera guarda los documentos. La segunda, las fotografías. La tercera, las grabaciones. La cuarta, los objetos. La quinta, los nombres.

—¿Y la sexta?

Elena bajó la voz. —La sexta guarda la confesión.

—¿La de quién?

—De quien empujó a Nicolás.

—¿Clara?

—No.

—¿Usted?

Elena me sostuvo la mirada. —Si fuera mía, no le habría dado la llave.

—Puede estar manipulándome.

—Ya lo estoy haciendo.

La sinceridad de la respuesta me desarmó.

—¿Por qué admitirlo?

—Porque la manipulación solo funciona mientras la otra persona cree que conserva el control.

La llegada de Andrés

Un golpe sonó en la puerta principal.

Elena miró hacia el pasillo. —Tenemos que irnos.

—¿Quién es?

—Andrés.

—Pensaba que estaba fuera.

—Estaba esperando una señal.

—¿Qué señal?

—La de Clara.

—¿Dónde está ella? Elena no contestó. La puerta se abrió. El hombre que todos conocían como Andrés entró en la casa.

Era más alto de lo que recordaba. Llevaba un abrigo gris y guantes negros. En la muñeca izquierda tenía una línea roja, no un hilo.

Se detuvo al verme.

—Él no debía estar aquí —dijo.

—Usted tampoco —respondí.

—No sabe quién soy.

—Sé que utilizó el nombre de Andrés Belmonte.

Su rostro no cambió.

—Ese nombre me pertenece.

—Álvaro Belmonte murió en 2009.

—No soy Álvaro.

—¿Quién es entonces?

—El hombre que todos necesitan que sea.

—¿Mató a Nicolás?

—No.

—¿Mató a Andrés?

—Tampoco.

—¿Entonces a quién mató?

El hombre miró a Elena. —Pregúntele a ella.

La relación entre ambos era demasiado estrecha para ser una alianza reciente. No se movían como dos personas que se necesitaban. Se movían como dos personas que compartían un secreto antiguo.

—¿Dónde está David? —pregunté.

El hombre sacó una fotografía del bolsillo. Era la misma imagen del río, pero con una diferencia: la tercera persona que aparecía al fondo estaba más cerca.

Era Clara. En la mano llevaba una llave. El hombre señaló el reverso. Había una dirección. —David dejó esto para usted.

—¿Por qué?

—Porque sabe que va a ir a la habitación seis.

—¿Está allí?

—No.

—¿Quién estará?

—La persona que queda cuando todos los demás han terminado de mentir.

—¿Clara?

—No.

—¿Elena?

—Tampoco.

—¿Quién?

El hombre se acercó.

—Usted.

El mensaje de David

Elena sacó un sobre del interior de una caja de madera.

No lo había visto antes. Me lo entregó. La letra del exterior era de David.

Para el periodista que encuentre la primera versión.

Lo abrí. Dentro había tres hojas.

Si has llegado hasta aquí, ya te han contado varias versiones. No intentes decidir todavía cuál es cierta. Todas contienen algo verdadero. Esa es la parte más peligrosa.

Mi madre dirá que me protegió, Clara dirá que me utilizó, Marta dirá que no recuerda, el hombre que utiliza el nombre de Andrés dirá que no existe.

Todos mienten.

La segunda hoja contenía una dirección y una hora.

****Hospedería de la sierra. 00:06.****

La tercera solo contenía una frase:

Cuando encuentres la habitación seis, no abras la puerta si escuchas mi voz.

Debajo aparecía una posdata: **Sobre todo si te llama por tu nombre.**

Guardé las hojas.

—¿Qué significa? —pregunté.

Elena miró hacia el suelo. —Que David sabe que no está solo.

—¿Quién lo acompaña?

—Clara.

—Pensaba que no estaba con él.

—No he dicho que esté con él.

—¿Dónde está David?

Elena tardó en responder. —En la hospedería.

—¿Y Clara?

—También.

El hombre que utilizaba el nombre de Andrés dio un paso hacia nosotros. —No puede ir.

—¿Por qué?

—Porque la habitación seis no contiene una confesión.

—¿Qué contiene?

—La voz de su hijo.

—¿David está dentro?

—La voz puede seguir viva, aunque la persona no.

La hospedería

Salí de la casa sin despedirme. Elena no intentó detenerme. El hombre tampoco.

Cuando llegué al coche, encontré un mensaje en el teléfono.

Si escucha a David, no le crea. Si escucha a Clara, tampoco.

La habitación seis solo abre para quien ya ha elegido a quién sacrificar.

La ubicación estaba adjunta.

La hospedería de la sierra quedaba a casi veinte minutos.

El sol todavía no había salido por completo. Abarán permanecía en silencio, cubierto por una luz gris.

Conduje hacia la carretera que ascendía entre las montañas.

En el asiento del copiloto había algo que no recordaba haber dejado allí.

Un hilo rojo. Y una pequeña llave con el número: **06**.

Cuando la tomé, escuché una voz proveniente del teléfono.

No había ninguna llamada activa. Era David. —No vayas solo.

El mensaje se reprodujo una segunda vez.

—No vayas solo.

Una tercera.

—No vayas solo.

Después cambió. —Ya estás dentro.

Capítulo 10

La segunda versión

El teléfono dejó de hablar cuando apagué el coche.

Permanecí unos segundos con las manos sobre el volante, mirando la pantalla negra.

Ya estás dentro.

No sabía si David había preparado aquel mensaje para reproducirse al llegar a la hospedería o si alguien seguía mis movimientos en tiempo real. Las dos posibilidades me desagradaban por igual.

A través del parabrisas vi el edificio.

La antigua hospedería se alzaba al final de un camino de tierra, entre pinos bajos y banales abandonados. Tenía dos plantas, ventanas estrechas y una fachada que alguna vez había sido blanca. La maleza había cubierto parte del acceso principal, pero había huellas recientes junto a la puerta.

Una sola pisada, repetida muchas veces. La de alguien que entraba y salía.

Miré el teléfono de nuevo.

Ninguna llamada activa. Ningún archivo de audio abierto.

Abrí la aplicación de mensajes. Allí estaba la nota de David, enviada desde un número que no aparecía en mis contactos. Duraba tres segundos.

La reproduce.

—No vayas solo.

Solo eso.

La frase final no figuraba en el archivo. Quizá la había imaginado.

Entonces apareció un nuevo mensaje:

Si vas a publicar algo, empieza por contar que entraste voluntariamente.

Levanté la vista hacia las ventanas. Nadie se movía detrás de ellas.

La puerta principal de la hospedería estaba abierta. En el vestíbulo había seis llaves colgadas en una tabla de madera. Las cinco primeras ocupaban sus ganchos. El sexto estaba vacío.

Comprobé la llave que Clara me había dado. **06.**

Un pasillo se extendía hacia el fondo de la planta baja. A ambos lados había puertas numeradas. No escuchaba voces ni pasos. Solo el leve chasquido de una tubería enfriándose en algún lugar de la casa.

La primera puerta no estaba cerrada.

Entré.

Sobre una mesa había carpetas con copias de los documentos que ya había visto: declaraciones, fotografías de la nave, una relación de propiedades, recortes de prensa. Todo estaba ordenado por fechas.

En la pared había una hoja fijada con chinchetas.

UNA PRUEBA NO ES LO MISMO QUE UNA HISTORIA.

En la habitación dos encontré fotografías.

David de niño. Elena junto a la nave. Clara en la ribera. Marta sentada dentro de un coche. La mayoría tenían una pequeña etiqueta debajo con el nombre de quien las había tomado.

Algunas etiquetas decían **David**. Otras, **desconocido**.

En tres aparecía el mismo nombre: **Marta**.

La habitación tres contenía grabaciones. Discos duros, casetes, tarjetas de memoria y una pequeña pantalla. La habitación cuatro guardaba objetos: una chaqueta militar, una grabadora rota, varias llaves y fragmentos de tela clara.

La cinco estaba casi vacía.

Había una mesa y, sobre ella, cinco sobres.

ELENA. MARTA. CLARA. SERGIO. DAVID.

Debajo de los sobres alguien había escrito: **Cada persona recibe la versión que puede soportar.**

Abrí el de Marta. Contenía una sola fotografía. Mostraba a David y a su hermana junto a la puerta trasera de la nave. Marta llevaba una cámara pequeña colgada al cuello. David sostenía una caja.

En el reverso había una frase escrita con letra femenina: **No olvidé lo que vi. Acepté que me dijeran qué había visto.**

Guardé la fotografía donde estaba.

Al salir al pasillo vi la puerta seis. La llave encajó sin resistencia. Antes de girarla, recordé la advertencia de David: **No abras la puerta si escuchas mi voz.**

Esperé. No se oyó nada. Abrí.

La habitación seis

No había nadie dentro.

Una mesa, dos sillas y una cámara fija apuntando hacia la puerta. En la pared del fondo colgaba una pantalla apagada. Sobre la mesa había un cuaderno y un sobre dirigido a mí.

No decía mi nombre. Solo: **AL PERIODISTA.**

Dejé la llave junto al sobre. La cámara tenía una luz roja encendida. —¿Me está viendo alguien? —pregunté.

La pantalla se iluminó. Apareció David.

No en directo. Reconocí la pequeña pausa que precede a un archivo de vídeo.

Estaba sentado en aquella misma habitación. Llevaba la chaqueta militar y tenía una marca rojiza en el cuello. Detrás de él se veía la puerta cerrada.

—Si has llegado hasta aquí —dijo—, ya habrás escuchado suficientes confesiones para saber que ninguna te basta.

Se inclinó hacia la cámara.

—La habitación seis no guarda la verdad. Guarda una declaración que todavía no hemos terminado de comprobar. Quería que vieras las otras cinco habitaciones antes de escucharla.

La imagen mostró un breve salto. David miró hacia alguien situado fuera de plano.

—Empieza otra vez —dijo una voz femenina.

La reconocí. Era Marta. David se frotó la cara.

—No puedo seguir repitiéndolo.

—Una vez más. Sin decir lo que no sabes.

David volvió a mirar a la cámara.

—El 17 de octubre de 2009 estuve en la nave. Clara estaba allí. Mi madre también. Marta tenía una cámara.

Respiró hondo.

—Durante años dije que había visto a Elena empujar a Clara. No es cierto. Yo estaba al otro lado de la sala cuando Clara cayó. Oí el golpe. Cuando llegué a la pasarela, Clara estaba abajo y mi madre tenía las manos sobre la barandilla.

La pantalla se quedó negra durante un segundo.

Luego David continuó: —Pensé que era suficiente. Después Marta encontró las imágenes que había grabado aquella noche.

El vídeo terminó. La luz roja de la cámara que me apuntaba seguía encendida.

El cuaderno de la mesa contenía instrucciones para reproducir un archivo desde una tarjeta insertada en la pantalla. Seguí los pasos.

La imagen era granulada, grabada desde la entrada trasera de la nave. En primer plano aparecía la puerta abierta. Más allá se distinguían la pasarela, la barandilla y varias siluetas.

Clara llevaba el vestido claro. Elena estaba frente a ella. Discutían, pero la cámara se encontraba demasiado lejos para registrar sus palabras.

Clara retrocedió. Elena alzó una mano y la sujetó por el brazo.

La imagen tembló. Marta, que sostenía la cámara, pareció dar un paso atrás.

Cuando el encuadre volvió a la pasarela, Clara caía. Pausé el vídeo. No se veía el instante decisivo. Había una interrupción de menos de dos segundos.

La reproduje varias veces.

Elena podía haberla empujado. Clara podía haberse soltado. Alguien más podía haber intervenido desde el lado que la cámara no mostraba.

La grabación no absolvía a Elena. Tampoco demostraba lo que Clara había afirmado.

En la parte inferior del archivo había una nota de Marta: **Conservé el original. La copia que recibió David estaba cortada antes del movimiento de cámara.**

Abrí el sobre dirigido al periodista.

Dentro había un informe técnico sobre el vídeo. Alguien había comparado las dos copias. La primera, la que David había visto años atrás, terminaba justo antes de que Clara cayera. La segunda incluía la caída y la interrupción, pero no permitía identificar con certeza qué la había causado.

En una hoja aparte, Marta había escrito:

Le dejé creer que nuestra madre la empujó. Si David pensaba que Elena era la única culpable, no preguntaría quién sostenía la cámara ni por qué dejé de grabar.

Aquello no explicaba por qué Marta había dejado de grabar.

Me acerqué otra vez a la pantalla.

En el reflejo de un cristal, al fondo de la nave, había una figura. No podía distinguir su rostro. Llevaba algo en la mano. Parecía una caja pequeña.

Marta

—No deberías haber llegado tan pronto.

La voz vino desde la puerta.

Marta estaba en el pasillo, con una mochila colgada del hombro. Tenía el rostro desenchajado, pero no parecía sorprendida de verme.

—¿Esta habitación es tuya? —pregunté.

—Ahora sí.

—¿Preparaste las cinco anteriores?

—David y yo las ordenamos. Después él se marchó.

—¿Dónde está?

Marta miró la cámara encendida. —Apágala.

—¿Quién está viendo esto?

—Nadie, si todo funciona como lo dejamos. Graba por seguridad.

Desconecté el aparato. La luz roja se apagó. Marta entró y cerró la puerta, sin echar la llave.

—¿Cuándo se grabó el vídeo de David? —pregunté.

—Dos días antes de que desapareciera.

—Sabías que planeaba irse.

—Sabía que quería dejar de esconderse. No es lo mismo.

—Tu nota dice que dejaste de grabar en 2009. ¿Por qué?

Marta se sentó frente a la pantalla. —Porque vi que Clara caía y fui a ayudarla.

—Antes dijiste que no estabas allí.

—Mentí.

—Eso ya lo sé.

Marta sostuvo mi mirada.

—Tenía quince años. Aquella noche me dijeron que una mujer había muerto, que David podía acabar acusado y que mostrar el vídeo no cambiaría nada. Me lo creí.

—¿Quién te lo dijo?

—Mi madre. Después lo repitieron otros.

—¿Clara sabía que la habías grabado?

—Se lo conté en 2016.

—¿Y qué dijo?

—Que quería ver la cinta completa.

—¿Se la diste?

—Le di una copia. La misma que acabas de ver.

—Entonces sabe que no puede asegurar que Elena la empujó.

Marta bajó la vista.

—Clara recuerda que Elena la sujetó. Puede estar equivocada sobre el último segundo y decir la verdad sobre todo lo anterior.

—¿Y el original?

—Lo guardo yo.

—Quiero verlo.

—Lo verás. Pero primero tienes que entender por qué David decidió desaparecer.

Marta abrió la mochila y sacó un teléfono.

En la pantalla había una conversación con David fechada seis días antes.

DAVID: Si entregamos la grabación, vendrán a buscar la caja.

MARTA: No sabemos quién más la ha visto.

DAVID: Clara sí.

MARTA: Habla con ella. Sin llevarte nada.

—¿Qué caja? —pregunté.

—No la del almacén. Una caja metálica con documentos y una grabación antigua. David la encontró este verano.

—¿La confesión de Nicolás?

—No la hemos abierto entera. David temía que alguien hubiera preparado una copia falsa.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

—¿Y Clara?

—Quedó con David en la nave. Yo tenía que llegar después.

—Pero no llegaste.

—Recibí un mensaje desde su teléfono. Decía que necesitaba tiempo y que no lo buscara durante una semana.

—¿Le creíste?

—No. Por eso empecé a dejar pistas.

Miré las carpetas, las fotos y la cámara. —Tú me enviaste a la hospedería.

—Te envié la dirección. No he escrito todos los mensajes que has recibido.

—¿Cuáles no son tuyos?

—La fotografía del río. La advertencia sobre esta puerta. El mensaje de tu coche.

—¿Y la caja donde encontré el expediente?

—Tampoco.

Por primera vez desde que había comenzado la investigación, una respuesta reducía el número de posibilidades en lugar de multiplicarlas.

Marta había dispuesto algunas pruebas. Otra persona conocía su recorrido y se adelantaba a él.

—¿Quién más sabía que esta habitación existía? —pregunté.

—David. Yo. Y alguien que entró anoche. Marta señaló una pequeña muesca junto a la cerradura.

—No estaba así cuando me fui.

La cinta original

Marta sacó un disco duro de la mochila. Lo conectó a la pantalla. —Esta es la grabación sin copiar ni recortar —dijo—. No voy a decirte qué ves.

El vídeo comenzó varios minutos antes de la discusión.

Clara entró en la nave con la caja pequeña. David llegó después. Marta grababa desde la puerta, moviendo la cámara cada vez que alguien pasaba cerca. Elena apareció en la pasarela. Un hombre cruzó el fondo del encuadre. Pausé.

—¿Quién es?

—Nunca logré identificarlo.

La figura llevaba una camisa clara. Su rostro quedaba fuera de plano.

Continuamos.

Clara y Elena discutieron. Clara dio un paso atrás. Elena la agarró por el brazo.

Entonces la cámara giró bruscamente hacia la derecha. No por accidente. Alguien llamó a Marta desde la entrada.

Se escuchó una voz masculina: —Baja eso.

Marta no bajó la cámara. Durante un segundo captó al hombre de la camisa clara.

Era más joven que en la fotografía familiar, pero reconocí su rostro. Sergio.

—Tenía diecisiete años —dijo Marta—. Nadie lo mencionó porque se marchó antes de que llegara la ambulancia.

En el vídeo, Sergio se acercó y cubrió el objetivo con la mano. Se oyó el golpe desde la pasarela. Cuando apartó la mano, Clara ya estaba cayendo.

—Sergio sabía lo que pasó —dije.

—Sergio estaba mirando hacia mí.

—Pero cubrió la cámara en el momento exacto.

—Eso es lo que David descubrió cuando recuperamos el original.

El vídeo siguió. Elena gritó. Marta corrió hacia la pasarela. David apareció desde el interior de la nave y bajó las escaleras. Sergio no se movió. Miró hacia alguien situado fuera del encuadre. Y dijo una frase que el micrófono apenas recogió:

—Ya está. Dame la caja.

Marta detuvo la reproducción.

—Sergio no intentaba ocultar solo la caída —dijo—. Estaba allí por la caja.

—¿Para quién?

—Eso es lo que David fue a preguntarle la noche que desapareció.

Recordé los tres mensajes de voz borrados del teléfono de Sergio.

David lo había llamado a las diez y cuarenta y seis. No buscaba ayuda.

Había concertado un encuentro.

Mi teléfono vibró sobre la mesa. Un mensaje de Sergio. No recordaba haberle dado mi número personal.

Si estás con Marta, dile que deje de reproducir la cinta.

Marta leyó el mensaje por encima de mi hombro. Se levantó.

—Tenemos que irnos.

—¿Dónde está Sergio?

—No lo sé.

Llegó otra notificación.

Esta vez era una fotografía tomada desde el exterior de la hospedería. Mostraba mi coche aparcado junto al camino. Junto a él estaba David. La imagen no tenía fecha.

Debajo había una frase: **Pregúntale a Marta por qué todavía conserva su teléfono.**

Miré a Marta.

Ella ya había sacado el móvil de David de la mochila. La pantalla estaba agrietada.

—La policía dijo que lo encontraron en el coche —dije.

—Encontraron otro teléfono. El que David utilizaba cada día.

—¿Y este?

—Lo usaba para guardar copias y hablar con Clara.

Marta pulsó el botón lateral. La pantalla se encendió.

Había una llamada perdida de Sergio, recibida aquella misma mañana. Debajo, un mensaje sin abrir. Marta lo tocó.

DAVID ESTÁ CONMIGO.

VENID LOS DOS SI QUERÉIS ESCUCHAR LA SEGUNDA VERSIÓN.

TRAED LA CINTA ORIGINAL.

No había dirección.

Tres segundos después llegó otro mensaje. Una ubicación a orillas del río.

Y una última línea: **Esta vez la cámara no dejará de grabar.**

Documento promocional - Prohibida su venta o distribución

Capítulo 11

El lugar donde desapareció David

Marta leyó el mensaje una segunda vez.

DAVID ESTÁ CONMIGO.

VENID LOS DOS SI QUERÉIS ESCUCHAR LA SEGUNDA VERSIÓN.

TRAED LA CINTA ORIGINAL.

—Sergio quiere el disco duro —dije.

—Sergio quiere saber si hay más copias.

Marta desconectó el dispositivo y lo guardó en la mochila. Antes de cerrar la cremallera, sacó una pequeña cámara.

—¿Vas a llevarla?

—Llevo diecisiete años lamentando haber apartado el objetivo.

No discutí.

Salimos por la puerta trasera de la hospedería. Mi coche seguía donde lo había dejado, pero ahora había huellas recientes alrededor. Alguien había caminado hasta la ventanilla del conductor y había regresado al camino.

Marta se detuvo al verlas. —Puedes irte —dijo.

—No.

—Todavía no sabes si David quiere que lo encuentres.

—Quiero preguntárselo.

La ubicación nos llevó a un tramo de ribera al que no llegaba el sendero principal. Dejamos el coche junto a una parcela cerrada y seguimos a pie entre árboles y cañas. El agua se oía cerca, pero apenas se veía.

Marta llevaba la cámara encendida a la altura del pecho.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Sergio? —pregunté.

—La mañana en que denunciamos la desaparición de David. Vino a casa de mi madre con carteles impresos.

—¿Sabías entonces que había estado en la nave en 2009?

—Sí. David y yo acabábamos de recuperar la grabación.

—Y no se lo dijiste a la policía.

—Si Sergio nos había enviado el mensaje desde el teléfono de David, quería encontrar primero a mi hermano.

Llegamos a una explanada estrecha. Había una caseta de aperos abandonada y, junto a ella, un coche gris.

El de Sergio. La puerta del conductor estaba abierta.

Dentro no había nadie. En el asiento trasero había una botella de agua, una chaqueta y una carpeta de cartón. Marta enfocó la matrícula con la cámara mientras yo miraba hacia la caseta.

—David —llamé.

Nadie respondió.

Sobre una piedra, frente a la puerta, descansaba una grabadora pequeña. La misma clase de aparato que David utilizaba. Tenía una nota pegada: **Reproducirla antes de entrar.**

Marta negó con la cabeza.

—No.

—Si Sergio está ahí dentro, ya sabe que hemos llegado.

—Por eso no quiero hacer exactamente lo que pide.

Dejamos la grabadora donde estaba y rodeamos la caseta. En la parte posterior había una ventana rota. Me asomé. Una mesa. Dos sillas. Una lámpara de batería. Y David.

Estaba sentado junto a la pared, de espaldas a la ventana. Tenía las manos libres.

—David —dijo Marta.

Él se volvió.

Durante un segundo, ninguno de los dos hermanos se movió.

Luego David se puso en pie. —No tenías que venir —le dijo.

—Me has dejado sin una sola razón para quedarme en casa.

La puerta principal se abrió. Sergio apareció en el umbral. No llevaba nada en las manos.

—Entrad —dijo—. Así podréis escuchar la grabación sin arrastraros por la ventana.

David

De cerca, David parecía más delgado que en las fotografías. Tenía ojeras y una pequeña herida junto a la mandíbula, pero caminaba sin dificultad.

No parecía retenido.

Eso no significaba que pudiera marcharse.

Marta entró primero. Yo fui detrás. Sergio cerró la puerta sin echar el pestillo.

—¿Estás bien? —preguntó ella. David asintió.

—Podías habérmelo dicho —dijo Marta.

—Te dije que necesitaba una semana.

—Tu coche apareció sin ti. Mamá llamó a la policía.

—Eso no formaba parte del plan.

—¿Había un plan? —pregunté. David me miró por primera vez.

—Había uno antes de que empezaran a aparecer documentos que yo no había enviado.

Sergio soltó una risa sin humor.

—Ya estamos.

—El archivo de la caja —continuó David—. Algunas grabaciones son mías. Otras no. Alguien las mezcló para llevarlo a usted hasta aquí.

—¿Tú organizaste tu desaparición?

David miró a Marta. —Me fui voluntariamente la primera noche. Después perdí el control de lo que estaban contando.

—¿Y Sergio? —pregunté.

—Quedé con él.

—Me dijiste que ya sabías quién lo había hecho —dijo Marta.

—Creía saber quién había intervenido en la caída de Clara.

Sergio cruzó los brazos.

—Y ahora ya has visto la cinta.

David no respondió.

—¿Quién puso la mano sobre la cámara en 2009? —le pregunté a Sergio.

—Yo.

—¿Por qué?

—Porque Marta estaba grabando algo que no debía.

—Eso no es una explicación.

Sergio señaló el disco duro dentro de la mochila de Marta.

—La explicación está en los segundos anteriores. Ponedla entera.

—Ya la hemos visto —dijo Marta.

—Habéis visto lo que grabaste tú. No lo que grabó David.

David bajó los ojos. Sobre la mesa había otra tarjeta de memoria.

La segunda cámara

David la introdujo en un portátil.

La imagen mostraba el interior de la nave desde un ángulo bajo. La cámara había estado colocada sobre una estantería, orientada hacia la pasarela. No tenía sonido claro; solo un rumor de voces y, de vez en cuando, el zumbido de un motor.

En la pantalla apareció Clara con la caja. Después Elena. Discutieron. Elena sujetó a Clara por el brazo.

Desde aquella posición sí se veía el extremo de la pasarela, pero la imagen estaba parcialmente tapada por una viga.

Clara se soltó. Dio un paso atrás. Se oyó a Marta gritar. Sergio cruzó frente a la cámara. Y entonces ocurrió algo que no aparecía en su grabación.

Una tercera persona salió de detrás de la viga y trató de agarrar la caja que Clara sostenía contra el pecho.

No distinguí su rostro.

Clara se giró para impedirlo, perdió el equilibrio y cayó.

Pausé el vídeo. —¿Quién es? —pregunté.

Sergio no respondió.

—Tú estabas mirando a esa persona cuando cubriste la cámara de Marta.

—Sí.

—¿Por qué querías ocultarla?

—Porque me lo ordenó mi padre.

Miré a David.

—¿Su padre?

—Álvaro —dijo David.

La figura de la grabación no parecía Álvaro. Era más baja. Sergio negó con la cabeza.

—Mi padre no estaba en la pasarela. Fue quien me dijo que impidiera que Marta siguiera grabando.

—¿Quién intentó quitarle la caja a Clara? —pregunté.

David adelantó el vídeo unos segundos. La figura levantó un brazo. La manga se deslizó hacia atrás y dejó ver una pequeña cicatriz en la muñeca.

Marta se llevó una mano a la boca. —Mamá.

—Elena estaba delante de Clara —dije.

—Esta también es Elena —respondió David.

Volvió atrás.

La mujer situada frente a Clara llevaba el pelo recogido y un abrigo oscuro. Se parecía a Elena, pero la cámara no mostraba su rostro con nitidez. La segunda figura, la de la cicatriz, sí apareció de perfil durante un instante.

Era Elena.

—¿Quién es la otra mujer? —pregunté.

David se quedó mirando la pantalla. —Eso es lo que no conseguí averiguar hasta este verano.

La mujer que parecía Elena

Marta se acercó.

—Me dijiste que Clara y mamá discutían.

—Eso creíamos todos.

—Clara también lo cree.

—Clara estaba mirando a la mujer que tenía delante. Y esa mujer se presentó como Elena.

Sergio apoyó las manos sobre la mesa. —No empecemos otra vez con los nombres.

David abrió una fotografía en el ordenador.

Mostraba a Elena delante de la nave, meses antes del accidente. A su lado había otra mujer. Compartían la forma del rostro y el cabello oscuro, pero no eran idénticas.

En el reverso de la copia digital aparecían dos nombres escritos a mano.

Elena Belmonte.

Inés Belmonte.

—Mi madre tenía una hermana —dijo David.

—Tiene —corrigió Marta en voz baja.

Yo la miré.

—¿Sabías que existía?

—Sabía que se había marchado. Mamá nunca hablaba de ella.

David señaló la pantalla.

—Inés estaba en la nave. Fue ella quien discutió con Clara. Elena intentó recuperar la caja desde el otro lado. Ninguna empujó a Clara directamente, pero ambas intentaron quitársela.

—Clara cayó mientras forcejeaban —dije.

—Eso muestra la grabación.

Sergio apartó la vista.

—Y yo cubrí la cámara de Marta porque mi padre me lo ordenó. Pensé que Clara estaba muerta.

—¿Por qué quería Álvaro la caja?

David abrió una carpeta de documentos.

—Porque contenía una grabación relacionada con la muerte de Andrés Belmonte. Una grabación en la que se oía a Álvaro dar instrucciones.

—Clara dijo que había una confesión de Nicolás.

—La hay. Pero alguien cortó el principio.

Abrió un archivo de audio. La voz de un hombre dijo: —Fui yo quien dejó que Andrés muriera.

La grabación que Clara había descrito.

David detuvo el audio y movió el cursor al comienzo de una pista más larga. Se oyó la misma voz, esta vez precedida por una pregunta.

—Si vuelven a pedirte que firmes, ¿qué vas a decir?

Y entonces la respuesta completa:

—Que fui yo quien dejó que Andrés muriera. Es lo que quieren oír.

Después, un ruido de puerta.

Otra voz masculina:

—Repítelo mirando a la grabadora, Nicolás.

El archivo terminaba allí.

—La confesión fue preparada —dijo.

—La grabaron para poder culpar a Nicolás si aparecía el cuerpo de Andrés —respondió David—. Clara tenía la copia recortada.

—¿Quién tiene el original?

—La persona que preparó las preguntas.

—Álvaro.

—Eso creía.

—¿Y ahora?

David miró a Sergio.

Sergio sacó una llave del bolsillo. La dejó sobre la mesa. **17.**

—Mi padre murió sin decirme qué había hecho con la grabación —dijo—. Pero conservó esto. No es la llave de la nave. Abre una taquilla en una antigua oficina de la empresa.

—¿Por qué no fuisteis allí? —pregunté.

—Porque alguien se nos adelantó —respondió David.

—¿Quién?

Antes de que pudiera contestar, Marta levantó el teléfono.

Tenía una llamada entrante.

MAMÁ.

La llamada

Marta puso el altavoz. —¿Dónde estás? —preguntó Elena.

—Con David.

Al otro lado se oyó un sonido breve, como si Elena se hubiera apoyado contra algo.

—Quiero hablar con él.

David tomó el teléfono. —Estoy bien.

—Sal de ahí.

—¿Sabías que Inés estuvo en la nave?

Elena no respondió.

—Durante años me dijiste que eras tú la que discutió con Clara.

—Inés se marchó antes de que Clara cayera.

—La cámara demuestra que seguía allí.

—La cámara no muestra todo.

David cerró los ojos.

—Esa frase también me la has dicho durante diecisiete años.

—Hay algo que no sabes —dijo Elena.

—Entonces cuéntamelo.

—No por teléfono. Ven a casa.

—No voy a ir para escuchar otra versión sin pruebas.

Elena respiró hondo. —La prueba está conmigo.

—¿La grabación original?

—La declaración que Inés hizo después.

Sergio dio un paso hacia el teléfono.

—¿Inés declaró?

—Ante mí —respondió Elena—. No ante la policía.

—¿Dónde está ella ahora? —preguntó Marta.

—No lo sé.

—¿Sigue viva? La pausa fue demasiado larga.

—Venid antes de que anochezca —dijo Elena.

Colgó.

Nadie habló durante unos segundos.

Fuera, el agua golpeaba suavemente la orilla.

Había encontrado a David, pero eso no resolvía su desaparición. Había salido de Abarán por voluntad propia y, al mismo tiempo, alguien había utilizado su ausencia para atraer a todos hacia las mismas pruebas.

—¿Quién puso el expediente en la caja? —le pregunté.

David negó con la cabeza.

—Yo dejé una copia de mis notas a Marta. No aquella caja.

—¿Y los mensajes que parecían tuyos?

—No los envié.

—Alguien conocía tu investigación, tus archivos y tus movimientos.

—Sí.

—¿Inés?

—No sé dónde está.

Marta guardó el disco duro.

—Tenemos que ir a ver a mamá.

—Primero voy a conservar una copia de estas grabaciones —dije.

David asintió. No se opuso. Tampoco me pidió que publicara nada.

Cuando estaba transfiriendo los archivos, apareció una carpeta que no habíamos abierto. Su fecha de creación era de aquella mañana.

Se titulaba: **PARA EL PERIODISTA.**

—¿Es tuya? —pregunté.

David se acercó a la pantalla. —No.

Dentro había un vídeo de once segundos.

Mostraba el salón de Elena. La cámara estaba situada sobre una mesa. En la imagen, alguien colocaba una grabadora frente a una silla vacía.

Entonces entró una mujer.

No era Elena. Era Inés Belmonte, envejecida respecto a la fotografía, pero reconocible.

Se sentó y miró directamente al objetivo.

—David cree que fui a la nave por la caja —dijo—. Pero yo fui por él.

La grabación se cortó.

Debajo apareció un segundo archivo, todavía sin abrir.

Su nombre era una fecha. **28-09-2026_16-58.**

Miré el reloj. Eran las 16:57.

El archivo estaba fechado un minuto en el futuro.

Una nueva línea apareció bajo el nombre mientras observábamos la pantalla:

No lleguéis a casa de Elena antes de escucharme.

Documento promocional - Prohibida su venta o distribución

Capítulo 12

La confesión de Inés

El reloj del portátil marcó las 16:58.

El archivo se abrió solo.

Durante unos segundos vimos una mesa vacía. La cámara estaba fija y el salón de Elena aparecía detrás, con la persiana a medio bajar. Después entró Inés Belmonte y ocupó la silla.

No miró al objetivo inmediatamente.

Tenía las manos apoyadas sobre las rodillas. En una de ellas sostenía un trozo de hilo rojo.

—No sé quién va a ver esto primero —dijo—. Elena cree que será David. Yo espero que sea el periodista.

David se acercó a la pantalla. —¿Cuándo ha grabado esto?

Nadie respondió.

Inés levantó la vista.

—No tengo una versión distinta de aquella noche. Tengo la parte que todos omitieron.

Antes de la caída

—El 17 de octubre de 2009 fui a la nave porque Álvaro me llamó. Me dijo que David había encontrado una caja y que iba a entregársela a Clara. Quería que yo lo convenciera de que volviera a casa.

Inés dejó el hilo sobre la mesa.

—Álvaro sabía que David me escucharía. A veces hablaba conmigo de cosas que no se atrevía a contarle a Elena. Eso no me convierte en la persona que mejor lo conocía. Solo en alguien a quien le resultaba más fácil mentirle.

David apartó la mirada de la pantalla.

Inés continuó:

—Cuando llegué, Clara tenía la caja. Le dije que no entregara nada hasta saber qué había dentro. Ella pensó que yo quería quitársela. Discutimos. Elena entró después y fue hacia la pasarela por el otro lado.

La grabación de David mostraba exactamente esa disposición: dos mujeres cerca de Clara, una frente a ella y otra apareciendo tras la viga.

—Álvaro también estaba allí —dijo Inés—. Permaneció abajo, junto a Sergio. Fue él quien le ordenó tapar la cámara de Marta.

Sergio se quedó inmóvil.

—Yo intenté coger la caja. No para quedármela. Vi que Clara retrocedía sin mirar y quise detenerla. Elena llegó al mismo tiempo. Entre las dos tiramos de ella en direcciones distintas.

Inés miró sus manos.

—Clara perdió el equilibrio. La solté un instante antes de que cayera. Elena todavía la sujetaba del brazo.

Pausé el vídeo.

—La grabación no permite distinguirlo —dije.

—Inés lo sabe —respondió Marta—. Por eso se ha grabado.

—También podría estar protegiendo a Elena.

David no dijo nada. Pulsó para continuar.

—Elena no decidió empujarla —dijo Inés—. Pero tampoco voy a pedirle a Clara que deje de creer que lo hizo. Recuerda la mano de mi hermana y recuerda la caída. Las dos cosas son ciertas.

Inés respiró hondo.

—Lo que ocurrió después sí fue una decisión. Y en esa decisión participé yo.

Después

Clara sobrevivió a la caída.

Inés la dijo con claridad, como si supiera que era el punto en el que todos habíamos empezado a equivocarnos.

—Estaba herida, pero respiraba. Marta fue la primera en bajar. David llegó detrás. Le pedimos a Álvaro que llamara a una ambulancia. Dijo que lo haría cuando encontráramos la caja.

—Eso no figura en ninguna grabación —murmuró Sergio.

—Tú estabas allí —dijo David.

Sergio no lo negó.

En la pantalla, Inés continuaba:

—Clara intentó hablar. Repetía un nombre que entonces no comprendí. Nicolás. Álvaro nos dijo que deliraba. Nos hizo subir a buscar la caja y, mientras tanto, se llevó a Clara.

—¿A dónde? —pregunté, aunque sabía que el vídeo no podía responderme.

—A la casa de la huerta —dijo Inés unos segundos después—. La encontramos allí al amanecer. Estaba consciente. Álvaro le había dicho que, si hablaba, David pagaría por lo ocurrido. Elena consiguió que nos dejara entrar. No sé qué prometió a cambio.

En el vídeo, Inés se llevó una mano a la garganta.

—Yo pude llamar a la policía. Pude llamar a un médico sin pedir permiso. No lo hice. Tenía miedo de Álvaro y pensé que Elena encontraría una salida. Dejé pasar una noche. Después otra. Cuanto más tiempo pasaba, más difícil resultaba contar la primera.

La imagen mostró un pequeño salto, pero la voz siguió sin interrupción.

—Clara escapó días después. Yo la ayudé a salir de la casa. No volví a verla hasta años más tarde.

Marta se sentó.

—Mamá me dijo que Clara había muerto —susurró.

David seguía de pie junto a ella.

—A mí también.

La caja y la cinta

Inés levantó una fotografía ante la cámara. Era la caja metálica que David había descrito.

—Esto era lo que Álvaro quería recuperar. Dentro había documentos sobre varias propiedades y una cinta en la que Nicolás parecía admitir que había dejado morir a Andrés. Álvaro había preparado las preguntas. Sergio lo sabía porque estuvo presente cuando se grabaron.

Sergio dio un paso atrás.

—Tenía diecisiete años —dijo.

David se volvió hacia él.

—Yo también.

Sergio no volvió a hablar.

—No sé qué ocurrió entre Nicolás y Andrés —continuó Inés—. La cinta no lo demuestra. La parte que se difundió como confesión empieza a mitad de una respuesta. La parte anterior demuestra que Nicolás estaba repitiendo una frase que le habían pedido decir. Conservo el original.

Inés sostuvo una funda transparente frente al objetivo.

—Elena también conserva una copia. Nadie necesita quitarle nada a David para comprobarlo.

La precisión importaba. Si Inés decía la verdad, Sergio nos había atraído hasta la caseta exigiendo una grabación que ya no era la única prueba.

—¿Por qué no la entregó antes? —preguntó Marta a la pantalla.

Inés bajó la fotografía.

—En 2009, porque era una cobarde. Después, porque cada vez que iba a hacerlo, alguien de esta familia me decía que esperara un poco más.

El expediente

Inés se inclinó hacia la cámara.

—David, hay algo que necesitas saber. Marta no envió la caja al periodista. Yo lo hice.

Marta me miró.

David se apoyó en la mesa.

—Tenía copias de tus notas —continuó Inés—. También tenía los documentos que Elena había guardado y las fotografías de Álvaro. Los mezclé. Quería que alguien ajeno a la familia empezara a preguntar antes de que Clara encontrara la cinta.

—¿Por qué antes? —dije.

—Porque sabía que Clara había vuelto a Abarán —respondió David, sin apartar los ojos del vídeo.

—Puse la palabra Thornveil en la carpeta —dijo Inés—. No es una organización, ni una clave para entrar en otro lugar. Era el nombre que Nicolás escribió en sus cuadernos para reunir los casos en los que había encontrado documentos alterados. David lo recuperó para clasificar su investigación. Yo quería que el periodista reconociera que la caja y tus notas hablaban de lo mismo.

Por primera vez, aquella palabra dejó de sonar como una amenaza deliberadamente misteriosa.

Era el título de un archivo.

Un título que alguien había utilizado para mantener juntas pruebas que otros habían separado.

Inés prosiguió:

—No preparé todos los mensajes que habéis recibido. Dejé la primera caja y una copia de esta declaración programada para abrirse hoy. Las fotografías recientes de David no son mías. Tampoco sé quién entró anoche en la hospedería.

La pantalla volvió a quedar fija en su rostro.

—He pedido a Elena que esté presente cuando entreguemos la cinta original. No os pido que me creáis. Os pido que llevéis las dos copias, la grabación de Marta y esta declaración a alguien que pueda examinarlas sin preguntarnos primero a quién queremos proteger.

El vídeo terminó. Nadie se movió. El agua seguía corriendo detrás de la caseta.

—Mi padre no grabó esa confesión delante de mí —dijo Sergio.

David lo miró.

—Inés acaba de decir que sí.

—Estuve en la oficina el día que la grabaron. No escuché todo.

—Podrías habérmelo dicho hace seis días.

—Quería encontrar la cinta antes.

—Querías saber cuánto tenía yo.

Sergio no contestó.

Marta cerró el portátil.

—No vamos a entregarle el disco duro a Sergio.

—No he dicho que lo hagáis —respondió él.

—Tu mensaje decía que lo trajéramos.

—Porque necesitaba ver el original de tu cámara.

—Podías pedirlo sin decir que tenías a David contigo —dijo.

Sergio miró a su amigo.

—David vino por voluntad propia. Se ha quedado porque todavía cree que mi padre dejó una explicación en alguna parte.

—¿Y la dejó? —pregunté.

—No lo sé.

David cogió su chaqueta.

—Voy a hablar con mi madre.

—Inés está allí —dijo Marta.

—Lo sé.

—Clara puede estarlo también.

David abrió la puerta de la caseta.

—Entonces por una vez estaremos todos en la misma habitación.

La casa de Elena

Llegamos a la casa antes del anochecer.

Esta vez Elena abrió antes de que llamáramos.

Vio a David y se quedó quieta. No intentó abrazarlo. Él tampoco se acercó.

—Estás bien —dijo ella.

—Estoy aquí.

Inés apareció detrás de su hermana.

Se parecía lo suficiente a Elena para que comprendiera el error de Clara en la pasarela. No lo bastante para excusar diecisiete años de silencio.

Clara estaba sentada en el salón.

Al ver a David, se puso en pie.

—No esperaba que trajeras al periodista —dijo.

—Yo tampoco esperaba que viniera Inés —respondió él.

Entramos todos. Sergio se quedó junto a la puerta.

Sobre la mesa había una grabadora y dos fundas transparentes. Inés señaló la primera.

—La cinta original.

La segunda contenía varias páginas escritas a mano.

—Mi declaración —dijo.

Clara miró a Elena.

—Podrías haberme dicho que tu hermana estaba allí.

—Tú la viste —respondió Elena.

—Vi a una mujer que dijo llamarse Elena.

Inés bajó la cabeza.

—Fui yo.

Clara permaneció inmóvil.

—¿Fuiste tú quien intentó quitarme la caja?

—Sí.

—Elena me sujetó por detrás.

—Sí.

—Y ninguna llamó a un médico cuando caí.

—Es verdad —dijo Inés.

La respuesta dejó a Clara sin palabras durante un instante. Tal vez esperaba otra negación.

David se acercó a la mesa.

—Vamos a entregar las grabaciones.

—Sí —dijo Elena.

Marta la miró con incredulidad.

—¿Ahora sí?

—Debí hacerlo antes.

No hubo disculpa capaz de arreglar lo que había sucedido. Elena no intentó ofrecerla.

Cogí el teléfono para fotografiar las fundas antes de que nadie las tocara.

Entonces sonó un aviso en el móvil de Marta.

Un mensaje nuevo, enviado desde el número con el que alguien había mandado la fotografía de David junto al río.

No entreguéis solo la cinta. Preguntad por la página que falta.

Marta me enseñó la pantalla.

—¿Qué página? —preguntó.

Inés miró las hojas que había colocado sobre la mesa.

Las contó.

Una vez.

Después otra.

—Había una más —dijo.

—¿Qué decía? —preguntó David.

Inés levantó la vista hacia Sergio.

Él seguía junto a la puerta, con la mano sobre el picaporte.

—Era la página donde escribí a quién vi salir de la oficina de Álvaro con la cinta completa —respondió.

Sergio apartó la mano.

—Yo no tengo esa página.

—No he dicho que fueras tú —dijo Inés.

El teléfono de Marta vibró de nuevo.

Esta vez llegó una fotografía.

Mostraba la página desaparecida sobre una mesa que reconocí al instante: la de la habitación seis.

La imagen había sido tomada mientras nosotros estábamos en la caseta del río.

Alguien había entrado en la hospedería después de que saliéramos.

Amplí la fotografía.

En el margen de la hoja se distinguía una frase escrita por Inés: **Elena no fue la última persona en ver a Álvaro con vida.**

Debajo había un nombre.

Una mano había cubierto esa parte antes de tomar la fotografía.

Capítulo 13

El archivo Thornveil

La mano que cubría el nombre tenía una cicatriz pequeña, curva, junto al pulgar.

Amplíe la fotografía hasta que los bordes de las letras se convirtieron en manchas. La cicatriz seguía siendo visible.

David miró la pantalla. Después miró a Clara.

Ella llevaba la mano derecha cerrada alrededor del respaldo de la silla.

—Enséñanos la palma —dijo.

—¿Para qué?

—La fotografía.

Clara abrió la mano. No tenía ninguna cicatriz.

Inés extendió la suya sin que nadie se lo pidiera. Elena hizo lo mismo. Marta observó sus propios dedos, desconcertada.

Sergio permanecía junto a la puerta.

—Tú —dije.

—Llevo aquí desde que llegamos.

—Tu otra mano.

Sergio se la mostró. Una línea blanca, casi borrada, cruzaba la piel junto al pulgar.

Durante un segundo nadie habló.

—No he hecho esa foto —dijo.

—La cicatriz coincide —respondió Marta.

—Mucha gente tiene cicatrices.

Tenía razón. Una imagen ampliada no bastaba para identificar a nadie. Pero Sergio había sido el único de nosotros que conocía el contenido de la página antes de que Inés mencionara que faltaba.

—¿Cómo te hiciste esa marca? —preguntó David.

—Trabajando.

—¿Cuándo?

Sergio cerró la mano. —No me acuerdo.

Era la primera vez que lo oía utilizar aquella respuesta.

La página

—Voy a volver a la hospedería —dije.

—No solo —respondió Marta.

—No hace falta que venga nadie de esta familia. Necesito conservar lo que hay allí antes de que desaparezca.

Elena se interpuso entre la mesa y la puerta.

—Primero llamamos a la policía.

—Eso deberíamos haber hecho hace diecisiete años —dijo Clara.

Inés tomó la cinta original y la guardó en su funda.

—Llamaremos. Pero si la página está en la habitación seis, no podemos dejarla allí.

Sergio soltó una risa breve. —¿De verdad vamos a seguir obedeciendo mensajes anónimos?

—No —dijo David—. Vamos a comprobar una prueba que sabemos que falta.

Marta fue quien llamó.

Explicó que tenían material nuevo relacionado con la desaparición de su hermano y con unos hechos ocurridos en 2009. Dio la dirección de la hospedería y dijo que esperaríamos fuera del edificio.

Valcárcel contestó unos minutos después. Acudiría con otra agente.

Por primera vez desde que había encontrado la caja, íbamos a entrar en un lugar sin fingir que nadie debía saberlo.

La página estaba en la habitación seis.

También estaba allí la cámara que nos había grabado al entrar aquella tarde, pero alguien había retirado su tarjeta de memoria.

La hoja descansaba sobre la mesa, colocada en el mismo ángulo que aparecía en la fotografía.

No la toqué.

La fotografié desde arriba, desde ambos lados y junto al sobre que Inés había dejado allí antes. Marta grabó la habitación sin interrumpir.

El texto estaba escrito a mano.

Vi a Sergio salir de la oficina de Álvaro con la cinta completa. Álvaro permaneció dentro. Sergio dijo que su padre le había pedido que la guardara hasta que todo se calmara. No vi a Álvaro volver a salir.

Debajo, otra frase:

Eso no demuestra que Sergio le hiciera nada. Demuestra que fue la última persona a quien vi con la cinta.

Inés leyó la página sin acercarse.

—Eso escribí.

—¿Cuándo? —pregunté.

—Hace dos días. Pensaba incluirlo en la declaración.

—¿Por qué lo quitaste?

—No lo quité.

Sergio estaba en el umbral. —No maté a mi padre.

David se volvió hacia él. —Nadie ha dicho que lo hicieras.

—Lleváis dos días dejando frases a medias para que parezca que sí.

—Entonces dinos qué pasó —respondió Marta.

Sergio miró la hoja.

—Salí con la cinta. Álvaro seguía vivo. Volví al día siguiente y la oficina estaba vacía.

—¿Y la cinta? —preguntó Inés.

—La escondí.

—¿Dónde?

—En una taquilla de la empresa. Por eso conservé la llave.

—La llave número diecisiete —dije.

Sergio asintió.

—Cuando regresé años después, la taquilla estaba vacía. Alguien había abierto el armario entero.

Valcárcel apareció al final del pasillo acompañado por una agente. Los dos se detuvieron al vernos reunidos en la puerta.

—Nadie toca nada más —dijo ella.

Le mostramos la página, la cinta de Inés y las grabaciones que Marta había conservado. Les expliqué qué sabíamos de su procedencia y qué no podíamos verificar todavía.

No intenté contar la historia como una revelación perfecta.

Después de todo lo que había escuchado, ya sabía lo peligroso que podía ser hacerlo.

El origen del archivo

Mientras la agente fotografiaba la habitación, Valcárcel examinó la carpeta marcada **Thornveil** que yo había llevado conmigo.

—Nicolás utilizaba ese nombre —dijo.

—Inés nos lo ha contado.

—No todo.

Abrió la carpeta por la última página.

En ella había una lista de expedientes: copias de escrituras, declaraciones rectificadas, nombres repetidos en documentos de fechas diferentes. La mayoría no pertenecía al caso de Clara.

—Nicolás trabajaba revisando archivos para varias personas —explicó Valcárcel—. Encontró alteraciones que no podía explicar como errores aislados. Guardó copias y las reunió bajo este nombre.

—¿Por qué Thornveil? —preguntó Marta.

—No lo sé. No aparece explicado en sus notas.

Aquello me gustó más que otra respuesta imposible de comprobar.

—¿Habéis investigado esos documentos? —pregunté.

—Algunos se examinaron hace años. Otros nunca llegaron a incorporarse a una investigación. Esa es precisamente la razón por la que no voy a sacar conclusiones delante de vosotros.

La agente levantó la página desaparecida con guantes y la introdujo en una funda.

—Esto tampoco prueba quién la dejó aquí —dijo.

—Alguien quiere que miremos a Sergio —respondí.

—O que dejemos de mirar a otra persona.

Valcárcel se volvió hacia mí.

—¿Quién más tenía acceso a la habitación?

—Marta y David conocían la llave. Clara me dio otra. Inés programó el vídeo. Alguien entró anoche.

—Y la cámara ya no tiene tarjeta —añadió Marta.

La agente anotó los datos.

Sergio había dejado de defenderse. Observaba la puerta de la habitación cinco.

—Hay algo que tenéis que ver —dijo.

Entró en la estancia de los sobres y tomó el que llevaba el nombre de David.

—No lo abrí cuando vinimos antes.

David dio un paso hacia él.

—Entonces déjalo.

Sergio sostuvo el sobre. —Reconozco la letra del exterior. Es la de mi padre.

El sobre de David

La agente les pidió que esperaran. Fotografió el sobre antes de abrirlo.

Dentro había una carta sin fecha.

David:

No te pido que me perdones por la noche de la nave. Te pido que no repitas mi error. Cuando Clara cayó, pensé primero en la caja. No en ella. Ordené a Sergio que detuviera la grabación porque creí que así podría decidir después qué versión contar.

No sé quién retiró la cinta de la taquilla. Sergio salió de mi oficina con ella porque yo se lo pedí. Si algún día alguien utiliza esa imagen para acusarlo de haberme hecho daño, recuerda que fui yo quien lo envió.

No dejé Abarán aquella noche. Me marché después, cuando supe que Clara seguía viva y que nadie iba a contar lo ocurrido.

No uses mis palabras para absolverme. Busca las pruebas que no pude controlar.

Álvaro.

David terminó de leer en voz alta y dejó la carta sobre la mesa.

Sergio permaneció quieto. —Pensé que estaba muerto —dijo.

—Todos lo pensamos —respondió Marta.

Valcárcel negó con la cabeza. —No existe constancia de su muerte.

—Elena nos dijo que murió en 2009 —dijo.

—Elena dijo que no volvió a verlo —respondió la agente—. Tendremos que precisar quién afirmó qué y cuándo.

Esa distinción habría parecido pequeña unos días antes.

Ahora lo cambiaba todo.

La carta, si era auténtica, explicaba por qué Álvaro había desaparecido de los testimonios. También eximía a Sergio de una acusación concreta, pero no aclaraba qué había hecho con la cinta ni quién había escrito a todos desde un número desconocido.

—¿Quién reunió las cartas en esta casa? —pregunté.

Marta miró a David.

—Nosotros pusimos los sobres vacíos. Queríamos que cada uno dejara por escrito su versión.

—Yo no coloqué esta carta —dijo David.

Valcárcel llamó a la agente. —Fotografíala. Habrá que comprobar la letra y el papel.

Salimos de la hospedería cuando empezaba a oscurecer.

La policía se llevó la página, la carta y una copia de las grabaciones. Inés entregó la cinta original y conservó el justificante. Marta conservó su disco duro después de facilitar una copia.

David permaneció junto a la puerta, mirando el camino.

—Creí que encontraría una grabación que explicara todo —dijo.

—Encontraste varias que muestran lo que ocurrió —respondí.

—Y ninguna me dice por qué mi madre decidió sostener la mentira tanto tiempo.

—Puedes preguntárselo.

—Ya lo hice. Siempre me contestó por quién lo hacía. Nunca por qué siguió haciéndolo cuando dejó de ser necesario.

No supe qué decirle.

En mi teléfono tenía decenas de fotografías del expediente y horas de audio. Por primera vez no sentía urgencia por publicar.

Necesitaba saber qué parte podía sostener con pruebas y qué parte pertenecía todavía a quienes la contaban.

Entonces llegó un mensaje del número desconocido.

No contenía una fotografía.

Solo un texto: **La carta de Álvaro es auténtica. También está incompleta.**

Un segundo mensaje llegó inmediatamente después: **Antes de morir, escribió otra para Elena.**

Miré hacia Valcárcel. Estaba hablando con la agente junto al coche policial. Inés se había alejado para llamar a alguien. Sergio y Marta discutían en voz baja.

David observó mi expresión.

—¿Qué pasa?

Le mostré la pantalla. Leyó los dos mensajes. —Si Álvaro murió después de escribir la carta, mamá sabe cuándo ocurrió —dijo.

—O alguien quiere que vayamos otra vez a preguntárselo.

—Esta vez no voy a buscar una pista en otro edificio.

Se dirigió hacia el coche de Marta.

—Voy a sentarme delante de ella y no me marcharé hasta que responda.

Guardé el teléfono.

El caso de la caída de Clara empezaba a tener una forma que podía comprobarse. El de la desaparición de David también: había salido por voluntad propia, pero otros habían aprovechado su ausencia.

Quedaba una pregunta que ninguna cámara había registrado.

No quién había mentido primero.

Sino quién había decidido seguir mintiendo cuando Clara ya estaba a salvo.

Documento promocional - Prohibida su venta o distribución

Capítulo 14

El hombre que no desapareció

Elena nos esperaba en el salón.

Había retirado los carteles de David de la mesa. En su lugar había tres tazas de café, una caja de madera y un sobre cerrado.

David se detuvo al verlo.

—¿Es la carta de Álvaro?

—Sí —respondió su madre.

Marta entró detrás de él. Yo me quedé junto a la puerta, con la grabadora apagada en la mano.

—Antes de que habléis —dije—, necesito saber si queréis que esté presente.

Elena miró a David. —Él decidirá.

David tardó unos segundos.

—Quédate. Pero hoy no vas a publicar nada.

—De acuerdo.

Me senté y dejé la grabadora sobre la mesa, a la vista de todos. No la encendí.

La carta de Elena

Elena empujó el sobre hacia David.

Él sacó una hoja doblada.

La letra coincidía, a simple vista, con la carta encontrada en la hospedería. Eso no demostraba que Álvaro hubiera escrito ninguna de las dos. La policía tendría que comprobarlo. Pero Elena había conservado aquella hoja durante años, y por primera vez estaba dispuesta a mostrarla.

David leyó en silencio. Cuando terminó, me la pasó.

Elena:

Clara vive. He comprobado que está en la casa de la huerta. No voy a decirte dónde porque sé que intentarás sacarla y Álvaro todavía tiene la caja.

Fui yo quien ordenó a Sergio detener a Marta. No quería que quedara grabado quiénes estábamos allí. Pensé que Clara moriría y que todos acabaríamos respondiendo por algo que empezó cuando intenté quitarle la caja.

Te dije que llamaras a un médico. No esperé a comprobarlo. Me ocupé de hacer desaparecer los documentos antes de que llegara nadie.

David puede contar algún día que estuvo en la nave. No le pidas que diga que vio caer a Clara. Estaba dentro cuando ocurrió.

Voy a marcharme. Si me buscas, llevaré la cinta a alguien que no puedas convencer.

Álvaro.

La carta no era una confesión limpia. Álvaro admitía que había intervenido para ocultar lo ocurrido, pero seguía repartiendo la responsabilidad entre los demás. También contradecía una parte del relato de Sergio: este había dicho que su padre le ordenó cubrir la cámara, mientras que la carta afirmaba que la orden original había partido de Elena.

—¿Cuándo la recibiste? —preguntó Marta.

—A finales de octubre de 2009.

—Y nos dijiste que Álvaro había muerto.

Elena negó con la cabeza. —Os dije que no volvería.

—A mí me dijiste que estaba muerto —replicó David.

Elena no pudo sostenerle la mirada. —Sí.

David dejó la carta sobre la mesa.

—¿Por qué?

—Porque tenía miedo de que fueras a buscarlo.

—Tenía diecisiete años.

—Y ya te habías convencido de que podías reparar lo que había pasado.

—Quería saber si Clara vivía.

—Yo tampoco lo sabía todavía.

—La carta lo dice.

—Cuando llegó la carta, sí. Antes, no.

David se levantó. —Podrías habérmelo contado en ese momento.

—Sí.

—Podrías habérmelo contado en 2016, cuando Clara volvió.

—Sí.

—Podrías habérmelo contado cualquiera de estos años.

—Sí.

Elena no añadió que lo había hecho por él.

Era la primera vez que no utilizaba aquella explicación.

Por qué continuó la mentira

Marta abrió la caja de madera.

Dentro había una libreta, dos fotografías y una copia de una denuncia que nunca se había presentado. La denuncia estaba redactada en 2016, después del encuentro entre David y Clara en la nave.

En ella, Elena describía la caída, el traslado de Clara a la casa de la huerta y las amenazas que Álvaro había hecho a la familia.

La última página no tenía firma.

—La preparé cuando Clara regresó —dijo Elena—. Quería entregarla.

—¿Qué te detuvo? —preguntó David.

—Inés me dijo que Clara no quería que habláramos en su nombre. Tenía razón. Pero utilicé eso como excusa para no hablar del mío.

—¿Del papel que tuviste en la caída?

—Y de lo que hice después.

Elena miró hacia la ventana.

—Si hubiera contado la verdad en 2016, también habría tenido que reconocer que dejé a Clara sin ayuda mientras decidíamos qué hacer con la caja. No sabía si podría mirarte a la cara después.

—Así que seguiste dejándome creer que estaba muerta —dijo David.

—Sí.

—Eso fue lo que me hizo investigar durante años.

—Lo sé.

—Entonces no me estabas protegiendo.

—No.

La palabra sonó pequeña en aquella habitación.

Pero, después de tantas versiones, era la primera respuesta de Elena que no necesitaba corregirse para favorecerla.

Le pedí permiso a David para hacer una pregunta. Asintió.

—¿Álvaro llegó a entregar la cinta a alguien?

Elena señaló la libreta. —Hay una dirección en la última página.

La abrí.

Era la de un despacho que había cerrado hacía años. Junto a ella, Álvaro había escrito el nombre de una abogada y una fecha de noviembre de 2009.

Valcárcel podría comprobar si se había realizado aquella entrega. Hasta entonces, no había razón para afirmar que la cinta hubiese llegado a su destino.

—¿Sabes si Álvaro sigue vivo? —preguntó David.

—No lo sé —respondió Elena.

Marta la observó con desconfianza. —¿De verdad?

—De verdad. La última noticia que tuve de él fue esa carta.

David no pareció satisfecho.

Yo tampoco lo estaba. Pero una respuesta incompleta era mejor que una certeza inventada.

La decisión de David

—¿Dónde estuviste estos días? —preguntó Elena.

—En una vivienda que Sergio utiliza cerca del río. Después, en la caseta.

—Tuve miedo de que te hubieran hecho daño.

—Al principio me fui para hablar con Clara sin que nadie se interpusiera —dijo David—. Luego vi que habían dejado mi coche con el teléfono dentro. Quise volver, pero alguien empezó a mandar fotografías y mensajes desde números que no conocía. Necesitaba saber quién tenía mis archivos.

—Podías haber llamado a Marta —dijo Elena.

—La llamé. Le dije que necesitaba tiempo.

—No sabía que estabas bien —respondió su hermana—. No después de encontrar el coche.

David asintió.

—Debería habértelo dicho con claridad.

Era una admisión sencilla. No lo absolvía de haber dejado que lo buscaran, pero tampoco lo convertía en responsable de los mensajes que otros habían enviado.

—¿Preparaste el vídeo de la habitación seis? —pregunté.

—Sí. Marta y yo grabamos varios testimonios antes de que me fuera.

—¿Y la fotografía reciente junto al río?

—Alguien me fotografió. No sabía que te la habían enviado hasta que la vi en tu teléfono.

—¿Por qué llevabas la llave en la mano?

—Era la de la taquilla que Sergio me dio aquel día. Iba a comprobar si aún quedaba algo dentro.

—¿Quedaba?

—No.

Volví a pensar en la imagen: David mirando a la cámara, con la mano cerrada. No era necesariamente una invitación que hubiera preparado para mí. Podía ser el momento en que descubrió que alguien lo observaba.

—¿Y el mensaje “Ya estás dentro”? —pregunté.

—No es mío.

Había pasado tanto tiempo suponiendo que David movía los hilos que me costó aceptar la sencillez de la respuesta.

No todos los hilos pertenecían a la misma persona.

La última llamada

El teléfono de Elena sonó. Era Inés. Elena respondió delante de nosotros y activó el altavoz.

—Valcárcel ha comprobado una cosa —dijo Inés—. La fotografía de la página en la hospedería se envió desde un teléfono sin identificar. Pero el archivo original estaba en una tarjeta de memoria que alguien dejó en la cámara de la habitación seis. La policía ha recuperado una imagen anterior.

—¿Qué muestra? —preguntó Marta.

—A la persona que colocó la página sobre la mesa.

Nadie habló.

—¿Quién es? —preguntó David.

Inés vaciló.

—No se ve la cara. Lleva guantes. Pero aparece entrando en la habitación con un llavero.

—Había varias llaves —dije.

—Esta tiene una pieza metálica con forma de rueda.

David se volvió hacia su madre. Elena negó con la cabeza. —No es mío.

—Yo he visto ese llavero —dijo Marta—. Estaba en la oficina de Tomás.

El antiguo profesor.

Había aparecido al principio de la investigación, conocía la palabra Thornveil y había evitado hablar del accidente. Después, mientras todos señalábamos a familiares, había desaparecido de nuestras preguntas.

—¿Habéis hablado con él? —pregunté.

—La policía está intentando localizarlo —respondió Inés—. No estaba en su casa.

La llamada terminó.

Tomás podía haber entrado en la hospedería. Eso no significaba que hubiera enviado todos los mensajes ni que hubiera manipulado todas las pruebas. Pero era la primera pista comprobable sobre la persona que había seguido nuestros movimientos.

David tomó su chaqueta. —Voy a ir a su casa.

—No —dijimos Marta y yo a la vez.

Él nos miró, sorprendido.

—Déjalo en manos de la policía —añadió ella—. Ya hemos hecho suficiente por nuestra cuenta.

David volvió a sentarse. Aquel pequeño gesto me dijo más sobre él que cualquiera de sus grabaciones.

Lo que podía publicarse

Al salir de casa de Elena, llamé a mi redactor jefe.

Le conté que David estaba vivo. Que había salido por voluntad propia y que la investigación sobre los hechos de 2009 había aportado grabaciones, una carta y varios testimonios aún pendientes de verificación.

—Podemos publicar que ha aparecido —dijo.

—Sí. Con su consentimiento y sin revelar dónde está.

—¿Y lo demás?

—Todavía no.

—Llevas semanas detrás de esta historia.

—Precisamente por eso.

Escribimos una nota breve. David confirmó que estaba a salvo y pidió privacidad mientras colaboraba con la investigación. No atribuimos delitos a nadie. No llamamos “confesión” a una cinta cuyo principio había sido recortado. No dimos por muertas a personas cuya muerte nadie había acreditado.

La noticia ocupó poco espacio. Al día siguiente ya no sería la más leída.

Por primera vez, eso me pareció una buena señal.

Antes de marcharme, David me alcanzó junto al coche. —Has hecho copias del expediente —dijo.

—Sí.

—Inés también. Y Marta conserva las grabaciones.

—No voy a publicarlo entero.

—No te pido que lo hagas.

—¿Entonces?

Miró hacia la casa. —Quiero que alguien conserve las preguntas que todavía podemos responder. Si un día sale a la luz una prueba nueva, no quiero que volvamos a empezar con rumores.

—Puedo ordenar una copia. Separar documentos originales, testimonios y cosas que aún no están verificadas.

—Hazlo.

—¿Cómo quieres llamarla?

David pensó unos segundos. —Como la llamó Nicolás. **Archivo Thornveil.**

No porque sonara secreto. No porque prometiera una verdad reservada a unos pocos.

Sino porque aquella palabra ya estaba escrita en las carpetas que habían sobrevivido a quienes intentaron separar los hechos.

David se alejó.

Me quedé junto al coche, con la copia de la carta de Álvaro en el bolsillo y el teléfono en la mano.

Habíamos encontrado al hombre desaparecido.

Clara podía contar su propia historia. Marta había entregado la cinta. Elena, por fin, había admitido lo que hizo y lo que dejó de hacer. Algunas responsabilidades empezaban a poder probarse; otras seguían siendo versiones enfrentadas.

El caso no estaba cerrado.

Pero David ya no necesitaba estar ausente para que los demás hablaran de él.

Cuando abrí la puerta del coche, llegó un último mensaje del número desconocido:

Tomás no inventó el archivo. Solo sabía dónde estaban las copias.

Debajo había una fotografía.

Mostraba una carpeta antigua, distinta de todas las que yo había visto. En la portada figuraba una fecha anterior a 2009 y, escrito con la misma letra que aparecía en los documentos de Nicolás, un nombre tachado.

No amplié la imagen. Guardé el teléfono y arranqué.

Aquella noche tenía una historia que escribir con cuidado.

La siguiente tendría que esperar a que supiera quién había tomado la fotografía.

Epílogo

Quien guardó la copia

El periodista me entregó el archivo una tarde de lluvia.

Había sustituido la caja de cartón por dos carpetas de tapa dura. En la primera guardó las copias de los documentos cuya procedencia podía explicar. En la segunda, los testimonios, las fotografías sin autor identificado y las preguntas que seguían abiertas.

En la cubierta había escrito:

ARCHIVO THORNVEIL — COPIA DE LECTURA

Debajo añadió una advertencia:

No todas las personas que aparecen aquí recuerdan los hechos de la misma manera. Ninguna grabación muestra por sí sola todo lo ocurrido.

Le pregunté por qué quería que yo lo conservara.

—Porque ya sabes lo que es —dijo.

No le respondí que había tenido el primer expediente en mis manos antes que él. Tampoco le dije que fui yo quien lo dejó en aquel almacén.

Encontré las carpetas de Nicolás años después de que desapareciera de Abarán. Estaban mezcladas con recibos, escrituras y correspondencia que nadie había querido reclamar. La mayoría de los papeles no me decía nada. Reconocí algunos apellidos, una fotografía de la nave y el nombre de David.

Entonces empecé a leer.

Al principio pensé que podía ordenar los documentos y entregárselos a alguien. Pronto descubrí que no sabía distinguir qué había escrito Nicolás, qué había añadido David y qué había copiado otra persona.

Hice lo único de lo que era capaz: guardé el conjunto.

Después pedí ayuda a Inés.

Ella aportó documentos que no estaban en las carpetas originales. También encontró al periodista. Yo elegí el almacén porque podía dejar allí la caja sin entregársela a una persona de la familia. No sabía si él la abriría. Inés estaba convencida de que sí.

Acertó.

No participé en los mensajes que recibió más tarde. No fui a la noria. No entré en la hospedería. No sé quién le envió las fotografías recientes de David.

Por eso conservé esas pruebas en una carpeta separada.

La primera vez que vi a David después de que regresara, estaba sentado frente a Elena en la cocina.

Ninguno hablaba.

Sobre la mesa había una copia de la denuncia que ella no había llegado a firmar en 2016. David la leía por tercera vez, quizá buscando una explicación en los espacios donde su madre no había escrito nada.

Me vio en la puerta y cerró la carpeta.

—¿Tú guardaste los papeles de Nicolás?

—Sí.

—Podrías habérmelos dado.

—No sabía cuáles eran suyos.

David dejó la mano sobre la cubierta.

—Yo tampoco lo sé todavía.

Aquella fue la única conversación que tuvimos sobre el archivo.

No necesito contarla de otra manera para que parezca más importante.

Desde entonces se han podido comprobar algunas cosas.

David volvió por voluntad propia. La grabación de Marta muestra que Clara cayó durante el forcejeo por la caja. La cinta atribuida a Nicolás circuló recortada, de forma que su respuesta parecía una confesión espontánea. Elena e Inés han reconocido que participaron en el silencio posterior.

Otras preguntas permanecen abiertas.

No sabemos dónde está Álvaro. No sabemos quién retiró la cinta de la taquilla. La policía todavía debe determinar quién entró en la hospedería y si Tomás tuvo relación con los mensajes anónimos. Los documentos más antiguos del archivo necesitan una revisión independiente antes de que nadie los convierta en otra historia cerrada.

El periodista respetó esa diferencia al escribir las páginas que acabas de leer. Le pedí que mantuviera sus dudas, incluso cuando entorpecían el relato.

Sobre todo, entonces.

En la última carpeta encontré una hoja que no figuraba en el inventario del periodista.

Estaba doblada dentro de una copia de una escritura. No llevaba firma ni fecha. En una cara había tres nombres; dos estaban tachados. En la otra, una frase escrita con tinta azul:

La primera costura une dos versiones de un mismo hecho. La segunda une a quienes se beneficiaron de contarlas por separado.

Debajo aparecía un lugar que no reconocí.

No lo he incluido aquí porque todavía no he comprobado si existe en los documentos originales. David tampoco lo recuerda. Marta dice que nunca lo ha visto.

He dejado la hoja donde estaba. La próxima vez que abra el archivo, empezaré por ella.

Si esta es tu primera historia de Lucian Thornveil, no necesitas conocer ningún otro libro para entender lo que ocurrió en Abarán. David está vivo. Clara puede hablar por sí misma. Lo que pasó aquella noche ya no pertenece únicamente a quienes decidieron callarlo.

Pero el Archivo Thornveil no termina con ellos.

Hay otra carpeta.

Todavía no tiene título.

Lucian Thornveil

Documento promocional - Prohibida su venta o distribución